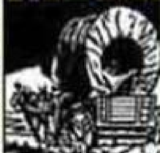
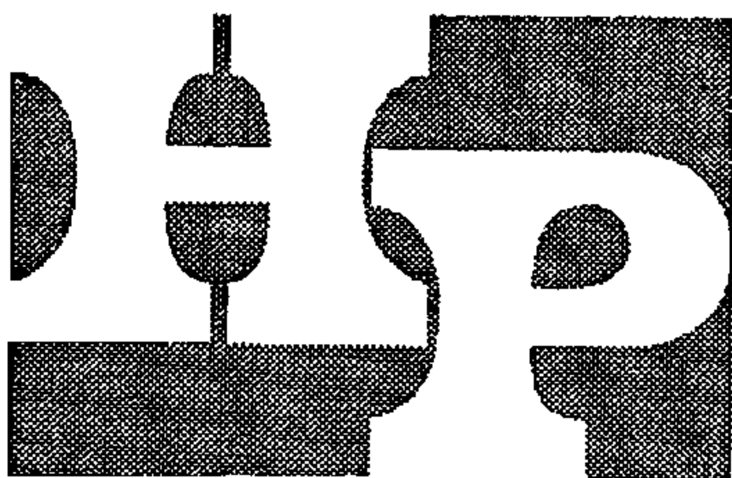


Silver Kane

ME GUSTA MORIR





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

ME GUSTA MORIR

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 151
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 38677-1972

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: noviembre, 1972

© *FRANCISCO BRUGUERA - 1957*

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

LAS ULTIMAS HORAS

El hombre abrió la puerta y entró poco a poco en la habitación. En esa habitación, cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas, había una mesa de madera clara y varias sillas por todo mobiliario. Frente a la mesa se hallaba sentada una mujer.

La luz de la lámpara de petróleo daba en su rostro, sus cabellos rubios y su pecho palpitante. Sus ojos, de un azul limpio y puro, estaban Fijos en los del hombre. Pero ahora parecía como si por delante de esos ojos hubiera pasado una mano negra, dejándolos sumidos en la sombra.

El hombre depositó una bolsa sobre la mesa. Por su peso y por el ruido que hizo, cualquiera hubiese adivinado que estaba llena de oro en monedas. Las manos del hombre temblaron ligeramente al desprenderse de ella. Miró fijamente a la mujer.

—Para mí esto representa un sacrificio muy grande.

—Lo sé.

Desde fuera, a pesar de las ventanas cerradas, llegaba el canto de los grillos. Toda la pradera inmensa estaba en movimiento bajo la luz de la luna.

Ella se levantó y fue hacia la ventana más próxima. Su hermoso vestido blanco se ajustaba a sus formas. Se lo había confeccionado la mejor modista de la ciudad antes de que las cosas empezaran a ir mal. Y con ese vestido puesto, toda la muchacha parecía palpitar como una flor recién abierta, como la pradera en un amanecer. Todo en ella era hermoso, joven, limpio. Su piel, sus cabellos, su boca tenían la tersura de lo que no ha sido manchado jamás.

—Comprendo que es un gran sacrificio para ti, Josiah —dijo ella —. Y te lo agradezco.

—Espero —repuso él— que ese agradecimiento se traduzca cuando menos en un cambio de actitud hacia mí.

—Ése fue el trato, ¿no?

El hombre se acercó a ella, pero se detuvo a dos pasos, sin atreverse a avanzar más. Marian era tan hermosa que le infundía respeto. Por lo menos por ahora. En su vida oscura y miserable nunca había habido una mujer como aquélla. Y ahora se sentía atemorizado, igual que si no comprendiera que una flor tan fragante pudiera al fin ser suya, solamente suya.

Retrocedió y se sentó él también ante la mesa.

—Vamos, Marian, ocupa tu sitio —pidió—. Tienes que entregarme el recibo. Esto no ha concluido aún. Ella se sentó. Los dos quedaron mirándose, separados por la madera de la mesa. El hombre hubiera jurado que en los ojos de Marian latía una chispita de altivez, de desprecio.

—Lo peor que tienes, Josiah —arguyó ella— es que sólo sabes tratar las cosas como negociante.

—Aquí hay dos elementos —puntualizó—. El negocio y el corazón. Para llegar al corazón hay que pasar primero por el camino del negocio. Yo te entrego el dinero y tú me das, a cambio, un recibo firmado por tu padre. Naturalmente, ese recibo será destruido si tú te casas conmigo. Sabes que el llegar a hacerte mi esposa ha sido mi aspiración desde el primer día en que te vi. Y desde la primera noche en que hablamos.

—La primera noche en que hablamos fue en presencia de mi padre —susurró Marian—. Ésta es la primera noche en que hablamos a solas. Pero yo sabía de sobras, aunque hasta este momento no te hayas atrevido a decirlo claramente, que deseabas hacerme tu esposa. Los hombres tenéis en los ojos un idioma que no miente. Yo sé que tú me amas aunque no lo sepa mi padre aún, aunque en esta tierra maldita no lo sepa nadie.

—Sí. Te amo —confirmó Josiah, con voz ronca.

—Pero hay algo que no debiste haber hecho nunca —musitó ella —. Mostrarte tan cobarde.

—¿Cobarde en qué sentido? —rezongó él, dibujando en sus labios una mueca rencorosa.

—Cuando un hombre ama no debe acechar en la sombra a que se presente su oportunidad. Debe decirlo por lo menos. No basta con que la mujer lo adivine. Un secreto de esa clase ensucia el corazón.

—Nadie, fuera de nosotros, sabe que estoy enamorado de ti —aseguró Josiah, ahora con una mueca divertida—. Para tu padre será una gran sorpresa cuando te pida en matrimonio. Cuando diga lo que nos amamos y que ya han durado bastante tiempo nuestras relaciones.

—Sí, será una gran sorpresa.

—Parece como si lo dijeras con rencor. Tú, que nunca has tenido novio, ¿te sientes incapaz de amarme?

—No sé lo que hay en mi corazón —confesó la mujer—. Pero creo que si ahondo en él será fácil encontrar amor. En fin, no es éste el momento más adecuado para hablar de sentimentalismos. Como bien has dicho, eso tiene dos partes, y la primera de ellas es el negocio. Aquí está el recibo firmado por mi padre. ¿Qué ocurrirá si dentro de dos meses él no te paga y yo no accedo a casarme contigo?

Las facciones de Josiah se ensombrecieron, y sus dedos blancos y finos temblaron sobre la mesa.

—En este caso no tendría más remedio que ejercer mis derechos. Veo que en el recibo constan todos los datos que yo te dicté. Ya sabes que lo de tu padre pague o no pague me es indiferente, porque lo que en realidad persigo es que te muestres agradecida hacia mí, y comprendas que soy el hombre que más te conviene. Pero si esa feliz circunstancia no se produjera, yo tendría que considerar esto como un negocio solamente. Presentaría el documento al cobro y dudo que tu padre pudiera pagarlo después de las numerosas deudas que ya tiene. Ésta sería como la gota de agua que hace rebosar el vaso. Perderíais todo el poco crédito que aún os queda y los acontecimientos se precipitarían. Sabes mejor que yo que antes de un mes habríais sido arrojados de vuestras tierras.

—Lo sé —musitó ella—. Y me doy cuenta de lo importante que es lo que estoy haciendo.

—Me dijiste que tu padre quería el dinero para tratar de salvar a Larry Custer —recordó Josiah, cambiando entonces de

conversación, mientras sus ojos brillaban—. ¿Es eso cierto?

—Sí.

—¿No te parece demasiado sacrificio? ¿Ponerlo todo en peligro por un hombre que ni siquiera es pariente suyo? Porque él ignora que te quiero y que a cambio de una boda estaría dispuesto a romper este recibo. El piensa que dentro de dos meses habrá de ingeniárselas para pagar. ¿Cómo es tan loco? ¿Por qué se arriesga tanto?

—Para mi padre —replicó Marian, con voz baja y expresión reconcentrada—. Larry Custer ha sido siempre como un hijo. Toda su vida, mientras mi madre alentó sobre la tierra, deseó •que ella le diese un varón. No fue así, y el cariño de mi padre se concentró en Larry Custer. Lo ha querido tanto que ahora lo arriesgaría todo con tal de salvarle.

—Poco tiempo le queda ya —dijo Josiah—. Larry Custer será ahorcado mañana al amanecer.

—Por eso debo darme prisa. Si llegara con un minuto de retraso, todo esto no serviría de nada.

Se puso en pie y caminó hacia la puerta. El hombre la siguió tras haberse guardado el documento en uno de los bolsillos.

—Marian…

—¿Qué?

—Todo esto ha sido como un pacto. El pacto más importante que los dos haremos en nuestra vida. Debemos sellarlo.

—¿Cómo?

—Con un beso.

Ella le miró. Por primera vez, la figura de Josiah Gamer quedó grabada en sus pupilas. Lo vio ante ella blanco, delgado, pálido como un reptil al que le hubieran arrancado la piel. Sus labios delgados y exangües tenían algo de viscoso. Marian tembló al pensar en esos labios. Al pensar que Josiah Gamer tenía veinte años más que ella, y que, además, esos veinte años estaban llenos de pequeñas ruindades, de rencores, de miserias.

—¿No crees que te precipitas un poco? —suspiró ella, sujetando con sus dedos temblorosos el pomo de la puerta.

—Es la primera condición que impongo.

—Está bien —asintió—. Está bien.

Josiah la besó. Sus labios exangües sólo la rozaron. Los dedos de

Marian casi quedaron blancos de tanto oprimir con fuerza, con ansias de libertad, el pomo de la puerta.

—Adiós, Josiah.

La saliva le sabía amarga.

—Adiós, Marian. Espero que nos veamos con frecuencia. El domingo habrá baile en el Círculo de Ganaderos. Yo iré allí si sé que tú estás. Quiero que la gente empiece a verme contigo:

—Tal vez vaya. En todo caso, ya te avisaré.

—«Ya me avisarás». Ahora somos como cómplices, Marian. ¿Te das cuenta?

Los labios parecían dolerle. Marian se los habría arrancado si eso hubiera sido posible.

—Sí, me doy cuenta.

Abrió la puerta y salió al exterior. La casa de Josiah Gamer estaba aislada de todas las demás, casi en el centro de la pradera. La luna acababa de salir de entre unos densos nubarrones y ahora iluminaba la llanura bañándola en su torrente de plata. El viento agitaba los altos tallos de hierba y entre ellos se oía el canto de los grillos llenándolo todo, todo. La pradera inmensa parecía vivir y palpitar como nunca aquella noche.

«Todo habla de amor —se dijo Mirian para sí misma, apretando los dientes—. Pero el amor es un sentimiento falso».

Volvió la espalda y dijo otra vez:

—Adiós, Josiah.

—No olvides avisarme, Marian. El baile del domingo es muy importante para los dos. Estaré en el Círculo de Ganaderos desde primera hora si recibo un mensaje tuyo.

—Ya te haré saber algo.

La muchacha, sin ayuda de nadie, montó ágilmente de lado sobre el caballo que ya la esperaba amarrado en la barra. El caballo relinchó. La luna volvió a ocultarse y ahora toda la pradera adquirió el aspecto de una tumba.

—Vamos allá, «Trotón».

«Trotón», que ya conocía el camino, volvió a relinchar y emprendió el galope en dirección Oeste. Marian volvió la cabeza y aún pudo ver la figura huesuda y encorvada de Josiah en el umbral de la puerta. La luz del interior al recortar su silueta, aún la hacía más deforme.

«Todo en el amor es falso —susurró Marian—. Las palabras, los pensamientos, todo…».

A media hora de galope de allí, siempre en dirección Oeste, estaba el rancho de su padre. Consistía en dos edificios destartalados, que no podían restaurarse por falta de dinero y en unas cercas medio caídas. Lo único que parecía funcionar con regularidad allí era el molino de agua, cuyas pequeñas aspas giraban velozmente a impulsos del viento.

Todo el rancho parecía abandonado y en verdad era como si lo estuviera. Sólo tres peones, que no habían querido marcharse por cariño al patrón y por ser ya demasiado viejos, quedaban allí. El resto partió hacia otras haciendas más prósperas. Y las tierras sin cultivar, las pocas cabezas de ganado sin ser atendidas, aumentaban más y más las deudas del rancho. Apenas era nada lo que se producía, por falta de hombres y de capital. Al viejo Richard Lender se le estaba escapando de las manos la hacienda que ya fue de sus padres, y una de las más antiguas de Kansas. Esa hacienda era ya para él como el que lleva un cadáver Sobre sus espaldas. No podrá resucitarlo, y sólo conseguirá caer desfallecido bajo su peso siniestro.

Después de todo eso, sólo faltaba que su padre se hubiera empeñado en salvar a Larry Custer. Y que hubiera decidido arriesgar en esa empresa todo lo que tenía y lo que no tenía.

Estos negros pensamientos ocupaban por entero el cerebro de Marian Lender mientras se aproximaba al porche del edificio principal. Y casi no pudo evitar un gesto de ira, al ver que su padre se acercaba con expresión ansiosa, como si nada le importara, excepto Larry Custer. Como si las tierras, la hacienda, todo, fueran para él algo inútil e inservible al lado de la vida de Larry Custer, que ni siquiera era su hijo.

El viejo se acercó a ella y detuvo el caballo sujetándolo hábilmente de la brida.

—¿Lo has conseguido, Marian?

—Sí.

—No sé qué tienes tú que siempre te conceden todas las cosas que yo no puedo ni siquiera pedir.

—Será que tengo alguna gracia especial —contestó ella mordazmente, mientras bajaba del caballo.

—No me gusta que te haya recibido a solas ese hombre. He estado inquieto hasta ahora. Supongo que no habrás tenido que usar el revólver que te dejé por si acaso.

—No. Lo llevo todavía en el escote, y no ha habido necesidad de usarlo. Josiah Garner no es de esa clase de hombres. Con él, los revólveres no sirven para nada.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Sencillamente que es otro tipo de hombre. Muy distinto a los que tú estas acostumbrado a tratar. Pero vamos adentro.

Penetraron en el edificio principal del rancho, que constaba de un solo piso no demasiado bien amueblado. Aunque todo allí estaba limpio, los muebles y los objetos de valor habían sido vendidos tiempo atrás, en la ciudad, para ir pagando algo de las cuantiosas deudas.

—No comprendo cómo puedes sentir tanto interés por Larry Custer —manifestó Marian—. O, mejor dicho, eso sí que lo comprendo. Pero que arriesgues por él lo que ni siquiera es tuyo, me parece demasiado.

El ni siquiera debió oírla. Lo único que le importaba era aquel dinero. El dinero que salvaría la vida de un hombre.

—Aquí está —dijo Marian, leyendo el deseo que había en los ojos de su padre—. Una bolsa bien llena. Yo le entregué el recibo que tú me firmastes, y acordamos que dentro de dos meses empezarías a devolverle esa suma.

—¡Oh, sí, sí!

Sólo prestaba atención al oro. Derramó sobre la mesa el contenido de la bolsa y empezó a contar. Había allí mil quinientos dólares, y todo en moneda. Un buen bocado para el que los cogiera.

—Siéntate, Marian —pidió el hombre en voz baja.

De repente, una expresión de cansancio se había adueñado de su rostro.

Marian se sentó, y quedaron los dos separados por la mesa, como poco antes sucediera con Josiah Garner. La muchacha no pudo evitar el recuerdo y tuvo que llevarse la mano a los labios, que le quemaban aún.

—Al amanecer será colgado Larry —murmuró el hombre—. Sé que es inocente y que va a pagar las culpas de otro. Y sé también que le quiero como a un hijo y que haría cualquier cosa por

salvarle. Hemos de actuar por tanto antes de que amanezca.

—Bien.

—¿A qué hora entra de guardia Jack Riley?

—A las once. Dentro de media hora.'El será quien acompañe a Larry durante su última noche.

—¿Seguro que Riley no se arrepentirá?

—Fuiste tú quien habló con él, no yo. Tú debes saberlo. Lo único que yo he hecho es ir a ver a Garner para que nos prestase el dinero.

—Sí —dijo el viejo con expresión de cansancio, mientras se pasaba la mano por la frente cubierta de arrugas—. No sé lo que me ocurre, hija. Toda mi vida he estado del lado de la Ley, y ahora, sin embargo, voy a sobornar a alguien para que la vulnere. Es como si todo esto fuera un maldito sueño. ¡Pero necesito salvar a Larry!

La última frase había sido un grito. Luego se calmó ante la mirada fría y lejana de Marian, y prosiguió con la misma voz cansada de antes:

—Desde luego, Riley es un tipo que vendería su alma al diablo, si el diablo la pagase bien. Cuando le hablé de mil quinientos dólares en oro, se le pusieron los ojos como platos. Tú se los llevarás y se los entregarás ahora. Pero que recuerde bien el trato. Le mataré si nos traiciona y Larry no consigue escapar.

—Descuida. Si a Larry le da la menor facilidad, Larry se escapa. No recuerdo que hayan podido tenerlo más de dos días en ninguna prisión de Kansas.

—En ésta lleva ya dos meses… y me temo que no podrá salir si Riley no le ayuda de veras.

—En cuanto tenga el oro, le ayudará. Al fin y al cabo, él será el único guardián que habrá junto a la celda de los condenados a muerte. No le será difícil fingir un descuido y dejar que le causen cualquier pequeña herida.

—Está bien. En él confío, Marian. Y en ti para que le entregues este dinero sin dilación y sin que nadie sospeche nada.

Marian se puso en pie y tomó en sus manos la bolsa donde Richard Lender había encerrado de nuevo las monedas de oro.

—Adiós, padre. Regresaré antes de la medianoche. Si no lo hiciera, date una vuelta por el fuerte, para saber lo ocurrido. Pero sobre todo no preguntes a nadie y no llames la atención.

—Así lo haré, Marian. Pero por Dios te pido que intentes regresar antes de medianoche.

La muchacha sonrió secamente y salió al exterior. También aquí se oía el canto obsesionante de los grillos. También aquí todas las cosas hablaban de amor, de palabras susurrantes, de besos en la oscuridad. Pero ése era un lenguaje que Marian Lender no podía entender esta noche.

«Trotón» caracoleaba impaciente frente a la puerta. Marian lo montó de un salto y emprendió el galope en dirección a Fort Sullivan. Había unas cuatro millas desde el rancho hasta allí. Un pequeño sendero abierto entre los tallos de hierba marcaba el camino a seguir. «Trotón», que ya lo conocía, se lanzó a un galope desenfrenado y furioso.

Poco después, Marian Lender, con la bolsa de oro escondida en un pequeño echarpe que ahora estaba doblado como por descuido sobre su brazo, se detenía ante las empalizadas de Fort Sullivan.

Éste era una combinación de fortín militar y de prisión civil. Todos los condenados a penas muy largas o a muerte, así como los delincuentes muy peligrosos, eran encerrados allí. Una guardia exterior de soldados vigilaba la empalizada, pero la prisión civil estaba custodiada por agentes del *sheriff*, que se turnaban según un orden muy conocido de antemano. A Riley le correspondía esta noche.

Manan pudo llegar sin dificultad hasta él. Riley acababa de relevar a su compañero y se estaba preparando una taza de café caliente al principio de un pasillo a cuyo fondo había dos celdas.

—Creí que no vendrías —dijo mirando codiciosamente a Marian —. Casi estaba seguro de que tu padre se habría arrepentido de esto.

—Mi padre no se arrepiente jamás de nada.

—¿Traes el dinero?

—Mil quinientos dólares en oro.

Los ojos de Riley brillaron.

—A verlos.

—¿Como está él? —preguntó la muchacha, mientras desenrollaba su echarpe—. ¿Y cómo está su compañero?

—Larry Custer está bien —declaró Riley, con los ojos fijos en la bolsa—. Bromea con frecuencia y no parece importarle demasiado

que ésta sea su última noche. En cambio, John Larrigan, su compañero, está algo deprimido. Lo estaría más si supiera que lo van a colgar sólo a él.

—¿Tiene Larry alguna noticia de que van a proporcionarle la fuga?

—¿Larry? ¡En absoluto! ¡Decirle algo hubiera sido una terrible imprudencia!

—Júrame que no volverás a hablar con mi padre de todo esto.

—Lo juro. ¿O es que crees que soy tonto? ¿Acaso me interesa a mí hablar de algo que podría llevarme a la cárcel para toda la vida? En cuanto esto termine, ni siquiera veré a tu padre nunca más. Alegaré cualquier cosa ante mis jefes y procuraré marcharme de Kansas.

—Está bien. En tal caso graba estas palabras en tu memoria.

—¿Qué palabras?

Marian las pronunció:

—Este dinero es para que ayudes a huir a John Larrigan, el compañero de Larry Custer. Olvídate de Larry Custer absolutamente. Olvídate de él… ¡y deja que lo ahorquen mañana!

CAPÍTULO II

DOS HOMBRES ANTE LA MUERTE

Eran las cuatro de la madrugada cuando el *sheriff* se presentó inesperadamente en Fort Sullivan. Riley, afortunadamente, aún no había hecho nada para entonces. Estaba con los revólveres a punto, los pies sobre la mesa y una taza de café junto a las botas.

—¿Todo bien, Riley?

—Todo bien, *sheriff*. No lo esperaba.

—Hay que estar muy atento durante la última noche. Estos pájaros son de cuidado. Pero, además, he venido a traerte una orden especial del juez Carpenter.

—¿Qué orden?

El *sheriff* consultó su reloj de pulsera.

—Faltan dos horas para la ejecución. A las cinco y media, los condenados recibirán la visita de un sacerdote, si lo desean. Pero durante esta hora y media que queda, deben permanecer juntos en la misma celda. El juez Carpenter lo ha dispuesto así.

Riley se mordió los labios, furioso. Aquello trastornaba sus planes. Aquello lo embrollaba todo.

—Bien, *sheriff* —asintió de todos modos—. Cumpliré la orden gustosamente. ¿Quiere una taza de café?

—No, gracias. Te ayudaré a trasladarlos. Con esos tipos, toda precaución es poca.

—Como guste, *sheriff*. Será mejor que traslademos a Custer a la celda de Larrigan. Es la más confortable.

El representante de la Ley desenfundó su revólver y abrió la puerta de la celda de Custer. El joven estaba encadenado por las dos

manos a unas argollas de la pared. No hacía falta tanta exhibición de armas, porque no hubiera podido escaparse ni aun siendo el hombre invisible.

—¿Qué ocurre, *sheriff*? —preguntó Custer, fingiendo una alegría que estaba lejos de sentir—. ¿Ya viene a buscarme? ¿Es que han adelantado la hora porque así se ahorran media noche de guardia?

Larry tenía veinticinco años cuando se encontraba a un paso de la muerte. Era alto, de tez morena, ojos claros y cabellos rubios. Su poderosa musculatura desbordaba los límites de su camisa vaquera. No llevaba armas, ni cinturón, ni nada que le pudiera servir para suicidarse. Los Reglamentos lo preveían así. El *sheriff*, pese a su veteranía, no pudo evitar un cierto sentimiento de disgusto y de ansiedad al pensar que dentro de dos horas aquel cuerpo maravillosamente joven colgaría de una horca.

—No hemos adelantado nada —suspiró—. La ejecución es a las seis. Pero el juez ha dispuesto que pases las últimas horas de esta noche junto a tu compañero Larrigan.

—¡Qué amables! ¿Es que he de cantarle una nana?

Riley, que estaba detrás, con el revólver también amartillado, advirtió:

—No le haga caso, *sheriff*. Siempre está diciendo tonterías como ésa. Yo creo que pretende infundimos confianza para intentar algo. No me siento tranquilo esta noche.

—¿Quiere usted algún refuerzo, Riley?

—¡Oh, no!, de ningún modo —repuso con un sobresalto, mientras temblaba el revólver en su derecha.

—Libérele.

Riley extrajo una llave y abrió las argollas que aprisionaban las muñecas del joven. Éste se las frotó una tras otra, con alivio. Luego el *sheriff* ordenó:

—Adelante. A la otra celda.

En la otra celda estaba Larrigan. Larrigan era un hombre de unos treinta años, tan fuerte como Larry Custer, pero de rostro mucho más avejentado, a causa de la expresión algo desdeñosa que siempre había en él. También estaba sujeto con argollas a la pared, y lanzó una seca maldición al ver entrar al grupo.

—¿Qué ocurre? ¿Ha llegado la hora?

—Falta un poco aún —notificó el *sheriff*—. Pero te traemos

compañía para que la noche no se te haga tan larga.

—¿Quién ha dicho que se me hace larga? ¿Qué clase de broma es ésta? ¡La última noche siempre es demasiado corta!

—Así lo será más todavía. Tu compañero Larry Custer sabe una gran cantidad de chistes, anécdotas, poesías humorísticas y secretos de mujeres que viven en la ciudad. Te lo contará todo y os estaréis riendo los dos hasta que os cuelgen de la horca.

Si el *sheriff* esperaba animar el ambiente, consiguió precisamente lo contrario. Larrigan apretó los dientes, con una expresión rabiosa, y en cuanto a Custer pareció como si le insultase con sólo la mirada fría y glacial de sus ojos grises.

—Bueno, no he querido decir que os tengan que colgar en seguida. Todavía falta tiempo para eso.

Riley les esposó. Los dos hombres quedaron de cara a la pared y sujetos a las argollas. Podían moverse, pero no más allá de cuatro o cinco pasos. La longitud de la cadena era solamente ésa.

El *sheriff*, que entretanto había estado vigilando con el revólver amartillado, se retiró hasta la puerta acompañado por el guardián.

—¿Seguro que no necesita refuerzos, Riley? —preguntó antes de que éste saliera.

—Seguro, *sheriff*. Ya ve que el ambiente está tranquilo.

—De todos modos, no les pierda de vista. Entre en la celda por lo menos una vez cada quince minutos.

—Así lo haré, *sheriff*.

El representante de la Ley revisó los barrotes, las puertas, todo. Hizo que Riley le mostrara los cilindros cargados de sus revólveres. Luego, más tranquilo, salió de aquel departamento y montó en su caballo que le esperaba amarrado en el gran patio central de Fort Sullivan.

Riley volvió a sentarse. Ahora, de repente, en su frente se había marcado una arruga. La vista del *sheriff* había venido a trastornarlo todo, y ya no sabía cómo actuar. Claro que podía, sencillamente, no hacer nada, dejar que ahorcaran a los dos hombres, pero el viejo Lender no era tan débil como para despreciarlo así. Lo buscaría y lo mataría allí donde estuviese. O compraría a algún cuchillero para que lo degollase en una esquina.

De todos modos, tenía que hacer algo. Eran casi las cuatro y media. Una hora más tarde se presentaría allí un sacerdote para la

última visita.

Riley dejó transcurrir unos minutos más y luego abrió la puerta de la celda.

Los dos hombres estaban silenciosos, sin mirarse. Fue Custer el primero en volverse.

—¿Qué ocurre? ¿Quieres saber si seguimos encadenados? ¿Vienes a convencerte de que no hemos hecho un agujerito en las paredes?

Riley se plantó en el centro de la pieza. Tenía contraídos los músculos del cuello. Musitó:

—Ha estado aquí Marian Lender.

—¿Marian? —susurró Larrigan, mientras relampagueaban sus ojos.

Custer, en cambio, apenas se inmutó. Pero fue él el primero que logró formular la pregunta:

—¿A qué ha venido?

—Me ha ofrecido mil quinientos dólares por salvar a uno de los dos.

No dijo cuál. Lo hizo intencionadamente, para que sufrieran. Y, en efecto, hubo en la celda un pesado silencio. Ninguno de los dos hombres se atrevía a hablar. Pudo oírse incluso el ruido silbante de su respiración, mientras contenían las palabras.

Pero al fin fue Larrigan el que habló esta vez.

—¿A quién?

—¿A quién imagináis?

—Eso depende —opinó Custer— de si ha venido por su propia voluntad o por mandato de su padre.

—Ha venido por mandato de su padre.

—En tal caso puede que esos mil quinientos dólares sean para salvarme a mí. Pero la noticia no me causa la menor alegría.

Riley sonrió burlonamente.

—Y no debe causártela, Custer. Una vez aquí, la muchacha obró por su propia cuenta. Dijo que el dinero era para que salvase a Larrigan. De ti dijo solamente… que te ahorcaran.

Larrigan no pudo evitar una especie de alarido. Sus ojos brillaron de alegría y sus dientes entrechocaron a causa de la excitación. Había algo de triunfo en su mirada cuando la dirigió hacia Custer.

—¡Ella me ha salvado a mí! —rugió—. Me ha salvado a mí, ¿comprendes? ¡Y ha dejado que tú corrieras la suerte que has estado buscando durante toda tu vida!

—Esta situación tiene algo de grotesca —comentó fríamente Larry Custer—. Estamos hablando de la salvación de un hombre cuando los dos nos encontramos todavía sujetos a estas argollas y cuando el que salga de este departamento tendrá luego que encontrarse con los soldados de la empalizada exterior. ¿Cómo espera ingeniárselas, Riley? ¿Se da cuenta de que el que huya tiene que hacerlo con seguridad, porque de lo contrario representaría para usted un gravísimo peligro?

—El que huya lo hará con seguridad. No he empezado a planear la fuga esta misma noche. Lo llevaba preparado hasta en sus menores detalles cuando tomé el relevo para este turno de guardia.

Hubo en el rostro de los dos hombres una cierta ansiedad. En el de Larrigan más que en el de Custer. La respiración de Larrigan era tan ansiosa que producía como un estertor.

—¿Qué piensa hacer?

—Si fuese yo sólo haría muy poca cosa. Para una fuga no basta la ayuda de un solo hombre. Pero el soldado de la torre sur está de acuerdo conmigo. Recibirá doscientos cincuenta dólares por disparar al aire. Al fin y al cabo, nadie puede acusarle de tener mala puntería. La huida será fácil para un hombre rápido y que sepa aprovechar los escondrijos que la llanura ofrece durante la noche.

Las frases iban tomando cuerpo. Todo se aparecía no como una burla sangrienta, sino como una realidad concreta y palpable. Larrigan ya se vio huyendo a través de la noche. Sus manos temblaron y arrancaron un sonido de cascabel mohoso a las cadenas.

—Riley —musitó Custer.

—Habla.

—¿Es cierto lo de Marian?

—Sí. Trajo mil quinientos dólares que su padre había reunido no sé cómo. Y su padre los había reunido precisamente para salvarte a ti. Pero Marian me pidió que salvara a Larrigan. Yo lo haré. Al fin y al cabo, no soy yo quien elige.

Se hundieron un poco los ojos de Custer.

—Está bien. Gracias por las explicaciones, Riley. Dese prisa en

soltar a Larrigan porque de lo contrario nadie se salvará. Buena suerte, Larrigan. Ojalá llegues muy lejos.

Larrigan le miró por encima del hombro, mientras Riley le soltaba las argollas.

—Más lejos vas a llegar tú, Larry Custer.

Se puso en pie. Riley les miraba a los dos, sin soltar el revólver. Sabía que aún era dueño de la situación y que podía disparar en cualquier momento. Pero una especie de sombra había pasado por su rostro y se notaba que sus pensamientos habían llegado a un punto muerto del que no sabían cómo salir.

—¡Vamos! —gritó con impaciencia Larrigan—. ¿Nos estaremos aquí toda la noche? ¡Dígame por dónde he de salir!

—Queda por resolver una cosa —objetó Riley.

—¡Pues resuélvala! ¡Pero hágalo en seguida! ¡Ya no tenemos muchos minutos para perder!

—Se trata del otro.

—¿Custer?

—Sí. Puede acusarme antes de ir a la horca. Puede complicarlo todo. Confieso que no sé qué hacer con él.

—No pienso acusarle, Riley —suspiró Custer, con desaliento—. ¿De qué me iba a servir?

—No había pensado en esto —musitó Riley, clavando las uñas en la culata del revólver—. La visita del *sheriff* ha venido a enredarlo todo. Pensaba sacar a uno de su celda, y el otro no tenía por qué enterarse. Nunca sabría si la fuga había sido realidad o comedia. Pero ahora todo cambia, porque hay un testigo. No sé qué hacer.

—Parece usted imbécil, Riley —le espetó Larrigan—. ¿Acaso no sabe lo que puede hacerse con un testigo que estorba?

Riley le miró los ojos. No podía creer que el que hablara así fuese el propio compañero de Custer.

—Matarlo —añadió Larrigan, secamente—. Matarlo con su propio revólver de reglamento apenas yo esté un poco lejos. Su muerte le dará una magnífica coartada, la mejor que podía soñar. Arranquemos entre los dos una de las cadenas sujetas en la pared. Diga luego que el prisionero mostró una fuerza hercúlea. Que pudo arrancar una de las cadenas y que temió llegara a arrancar la otra. Diga que fue él quien me ayudó a huir a mí. Su cadáver no hablará.

Yo —rió— llevaré flores a su tumba.

Riley admitió.

—Tiene que ser así.

El mismo empezó a tirar de la cadena de la derecha, que por un extremo abrazaba una de las argollas a que estaba sujeto Custer, y por otro se hallaba empotrada en la pared. Larrigan le ayudó, y entre los dos hombres, tras mucho jadear, lograron arrancarla. Custer, resignado, parecía no moverse. Pero estaba actuando también.

Mientras los dos hombres tensaban la cadena de la derecha, él tiraba de la de la izquierda con todas sus fuerzas. Sus músculos poderosos, elásticos, duros, parecieron ir a saltar bajo su piel. Las cadenas chirriaban, pero los dos hombres, obsesionados, sólo miraban la de la derecha, y la postura forzada del joven era para ellos la más natural. Cuando descansaron un instante tuvo que ceder él también.

—Deberás golpearme —aleccionó Riley, mirando a Larrigan—. Hemos de dar a esto una apariencia de realidad. Llévate la llave de tus argollas y arrójala en tu huida, de modo que la encuentren. Luego declararé que lograste robármela.

—Lo haré —dijo Larrigan, que parecía obsesionado—. ¡Pero ahora vayamos aprisa! ¡Aprisa!

Tiraron nuevamente. Un trozo del yeso de la pared se cuarteó. La cadena empezó a ceder.

Larry Custer también tiraba con todas sus fuerzas. Sabía que en los segundos de distracción que tuvieran aquellos dos hombres estaba su única oportunidad.

—Esto está muy bien clavado —barbotó Riley—. Y oigo a cada momento los pasos de los centinelas.

—¡No se preocupe! ¡Tire! ¡La pieza que se empotra en la pared está a punto de ceder!

Y por fin, la pieza cedió. Era un pedazo de hierro clavado entre los ladrillos. La cadena produjo como un chasquido al quedar suelta en el aire. Custer, que tiraba también con todas sus fuerzas, cayó al suelo. El banquillo de madera en que había estado sentado, crujió al romperse.

Los dos hombres soltaron la cadena. La mano derecha de Custer había quedado libre ahora. Tenía que aprovechar estos instantes y

arrancar la cadena de su izquierda con un solo tirón. Si no lo lograba todo estaría perdido. Riley le clavaría una bala entre las cejas.

Giró con las dos manos, mientras entrechocaban sus dientes y sus músculos parecían ir a estallar.

Riley le vio y levantó el revólver. Custer no había podido engañarles por más tiempo.

Y en ese momento se oyó la carcajada de Larrigan.

—Ya me he dado cuenta de lo que hacía. No soy tan tonto como para dejarme engañar de esa manera. Pero eso favorecerá nuestros planes, Riley. Necesitábamos que al menos una de sus muñecas estuviese desollada… ¡y la izquierda lo estará! ¡Voy a salir, Riley! ¡Dispare contra él sin compasión en cuanto se haya soltado la otra argolla!

—¡La puerta exterior está abierta! —Silbó Riley—. ¡Sal y corre hacia la izquierda! ¡El centinela sólo intentará cortarte el paso cuando ya sea demasiado tarde!

Pero la cadena izquierda se soltó antes de lo que los dos pensaban. Custer, haciendo un titánico esfuerzo, logró desclavarla de la pared. El guardián le tenía apuntado con su revólver.

Y Larrigan, desde la puerta, ordenó:

—¡Ahora!

Riley disparó tres veces.

CAPÍTULO III

EL RANCHO LENDER

Por el norte comunicaba con los cañones rocosos llamados Cañones del Hombre Amarillo. Por el sur con las tierras de pastos de Nathaniel Fox. Por el este y el oeste con las propiedades de Sam Rodes, que ceñían Rancho Lender como en un abrazo de acero.

El mar de hierba del viejo Richard no servía para nada. Rancho Lender agonizaba entre haciendas prósperas como un pariente pobre al que van dejando morir los parientes ricos. Ni Nathaniel Fox ni Sam Rodes tenían inconveniente en decir que Rancho Lender era un estorbo. Y que si el viejo se hundía de una vez, dos grandes haciendas podrían unirse, puesto que comprara Rodes o comprara Fox, la hacienda resultante sería una de las mayores de Kansas.

De todos modos, era cuestión de días el que el viejo Richard Lender se declarara en quiebra. Y tal vez sólo cuestión de semanas el que un día quedara tendido sobre la hierba, de un ataque al corazón. Estas dos posibilidades se habían comentado ya en la ciudad, cuando los ganaderos se reunían en los porches a fumar una pipa, al caer la tarde.

Quizá pensaba en todo esto Richard Lender mientras contemplaba el inmenso mar de hierba que se extendía alrededor de las dos únicas casas de su rancho.

Marian se acercó a él y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Qué te ocurre, padre? Hace dos horas que estás así, quieto, mirando a la lejanía. Da la sensación de que te estás despidiendo de algo que ya no hubieses de volver a ver.

El viejo movió la cabeza.

—¿Qué hora es ya, Marian?

—Las cinco de la tarde. Lo he mirado antes de salir al porche. Y tú llevas aquí sentado desde las tres.

—Es el único sitio donde puedo estar. Desde aquí al menos, puedo contemplar estas tierras que siempre fueron nuestras y que vamos a perder.

—No debes ser tan pesimista. Quedan muchos recursos todavía. Docenas de recursos.

—Un dinero del que no podía disponer lo invertí en salvar a Larry Custer. Y Larry Custer no ha aparecido.

—¿Por qué no me has dejado ir esta mañana a preguntar a fuerte Sullivan? Aquí estamos aislados y nunca sabemos nada hasta muchas horas después de haber ocurrido. En el fuerte hubiese sabido inmediatamente si Larry consiguió al fin escapar.

—No te he dejado por una razón, hija mía. Los ahorcados suelen estar varias horas expuestos al público. Y yo no quería que vieses a Larry así.

Ella cerró los ojos.

—¿Crees que lo han ahorcado?

—Estoy seguro de ello. De otro modo hubiese aparecido por aquí. Y han transcurrido ya demasiadas horas para eso.

—Quizá le haya parecido poco prudente venir directamente al rancho. Demasiada gente sabe que nosotros somos sus amigos.

Richard Lender acarició la mano de su hija, que aún seguía posada sobre su hombro.

Marian, lentamente, volvió al interior del edificio.

No había pasado de la primera habitación cuando Marta, la cocinera, la única mujer fuera de ella que se encontraba en el rancho, salió a su encuentro con los ojos brillantes de excitación.

—Hay alguien oculto en el galpón de los forrajes, señorita. Ha debido llegar hasta el rancho arrastrándose por entre la hierba. Acabo de oír un ruido y luego he visto su silueta. Yo creo que deberíamos avisar a Tom y a Mark para que prepararan sus rifles.

—¿Es un hombre?

—¡Claro! Si fuese una mujer ya la habría sacado yo tirándole del pelo.

Marian sintió que temblaban sus labios.

—No diga nada a mi padre. Ya iré yo misma.

—Pero, señorita Lender…, ¿no cree que es una imprudencia? ¿Y si es cualquier bandido que espera la llegada de la noche?

—Yo me las entenderé con él.

Fue hasta el fondo de la casa y se pegó a la puerta del galpón aludido, que era como un pequeño anexo al edificio principal. Desde allí, sin abrir, susurró:

—¡No abras!

—No voy a abrir aún. Sería una imprudencia. No debes salir hasta la noche, hasta que estemos seguros de que no te persiguen.

—Gracias por haberme salvado, Marian.

La voz había sido un poco más clara, pero de todos modos aún parecía llegar desde muy lejos.

—No tienes nada que agradecerme, Larrigan.

Y añadió:

—¿Larry Custer?

—Muerto.

Todos los músculos del cuerpo de Marian Lender sufrieron como una sacudida.

—No salgas. Iré a hablar con mi padre. Ante todo tengo que prepararle para la noticia.

—¿Por qué?

—El esperaba otra cosa. Pero eso no tiene importancia ahora. Ya lo resolveré yo.

—Marian… Te quiero.

Ella sintió como si la piel le cosquillease. Sintió sus dedos apretando sus propias caderas, con una especie de miedo.

—Yo también te quiero.

Resonó el galope de varios caballos en la lejanía. Los cascos resonaban secamente y toda la tierra parecía vibrar como una piel de tambor. Marian tembló nuevamente.

—Alguien se acerca. Ocúltate. Ya conoces bien todo esto. No caigas en ninguna distracción.

—Yo sólo sé que te quiero.

—Por eso mismo debes ocultarte bien. Hazlo si quieres verme de nuevo.

Dio un golpe en la puerta, indicando que se despedía, y salió nuevamente a la vereda. Desde allí vio el mar de hierba. Y vio cuatro jinetes que se aproximaban rápidamente hacia el rancho.

Uno de ellos era el *sheriff* Hampton. Se decía de él que antes se dejaría cortar las dos manos que abandonar una presa.

Los cuatro hombres iban armados. Se detuvieron a unos cinco pasos de la veranda y descendieron de sus caballos. Un jinete se quedó para sujetar éstos al amarradero. Los otros tres, el *sheriff* en cabeza, se dirigieron en línea recta hacia Richard Lender, quien les miraba venir con una mueca de inquietud en sus labios. Iban tan ensimismados que ni siquiera se fijaron en Marian. Sólo uno de los agentes, el más joven, saludó galante:

—Buenos días, reina.

—¿Qué ocurre? —preguntó Richard Lender—. ¿Qué malos vientos le traen por aquí, *sheriff*?

—Puede que sean malos para alguien… si encuentro lo que busco.

—¿Y qué es lo que busca usted, *sheriff*?

—Un hombre.

—Todos los *sheriffs*, se dedican a buscar hombres hasta que alguien los mata —sentenció el viejo, lanzando al aire una bocanada de humo—. No me ha desvelado usted ningún secreto. ¿Y qué ha hecho ése a quien busca, si un sospechoso como yo puede saberlo?

—Me gusta que usted mismo se haya calificado de sospechoso. Parece como si supiera a qué hemos venido.

—Si ha venido aquí es porque sospecha. Y hable de una vez. ¿Qué ha hecho ese hombre?

—Escaparse de Fort Sullivan.

Los hombros del viejo parecieron sufrir una sacudida.

—¡Diablo! ¡Escaparse de Fort Sullivan! ¡Con buena vigilancia y además con soldados en todas partes! ¿Y cómo ha sido posible eso? No hemos oído tiroteo desde hace muchas horas.

—No ha habido apenas tiroteo. Ese hombre se escabulló como una ardilla, y los soldados no iban a tirar contra la sombra de las piedras, digo yo. Siempre he opinado que es una equivocación tanta hierba alta en los alrededores del fuerte.

Marian se había acercado. A pesar de ser ella la única que conocía el secreto, no podía evitar que su corazón latiese sordamente.

No podía evitar tampoco la pena ante la sonrisa triunfante de su

padre. Su padre creía haber salvado a Larry Custer. Sería para él un golpe terrible cuando en vez de ese hombre oyese pronunciar el de Larrigan.

—No parece muy afectado —observó el *sheriff*—. ¿Es que le alegran esas cosas, Lender?

—Son divertidas. Resulta curioso pensar que a ustedes se les ha escapado una presa. Y, por fin, ¿cómo se llama ese hombre tan listo, si me lo puede decir de una vez?

Marian se clavó las uñas en las palmas de las manos, hasta hacerse sangre.

El viejo Richard Lender alzó la cabeza.

Y entonces el *sheriff* declaró:

—El fugitivo se llama Larry Custer.

Marian abrió las manos con tanta rapidez, que sus dedos produjeron un chasquido.

—¿Larry Custer?

El *sheriff* se llevó la mano derecha al ala del sombrero, a manera de saludo.

—No me había dado cuenta de que estaba usted aquí, Marian. Estoy tan preocupado que no vería un puma encima de mis botas. Sí, es Larry Custer el que se ha fugado poco antes de que le ahorcasen. Faltaba una hora y media para que le saludase la cuerda.

—¿Y cómo ha sido? Yo oí… Yo oí decir que tenían una vigilancia especial a cargo de un hombre llamado Riley.

—En efecto, pero Riley debió distraerse. Con una fuerza incontenible, ese tipo logró desclavar de la pared las cadenas que le sujetaban. Luego huyó. Riley murió de un golpe en la sien propinado con las mismas argollas del prisionero.

—Pero ¿y no le hirió al menos? —preguntó el viejo con fingida condolencia, pero con los ojos brillándole igual que globos a causa del entusiasmo.

—No. El arma de Riley había hecho tres disparos. Las tres balas las encontramos empotradas en la pared. Por tanto, no pudo alcanzarle. Pero no sabemos si le hirió alguno de los centinelas exteriores.

Marian tragó saliva dificultosamente. Sentía que la garganta le quemaba, como si sobre ella hubiesen lanzado unas gotitas de ácido.

—¿No eran dos los condenados a muerte? ¿Qué pasó con el otro? ¿Pudo escaparse también?

El *sheriff* movió negativamente la cabeza.

—No. Fue más lento que Custer. Salió detrás de éste, pero parecía desorientado como si no supiese qué hacer. A pesar de que llevaba en la mano el revólver de Riley, no acertó a emplearlo. Uno de los centinelas le rozó con una bala y fue suficiente.

—¿Lo… lo han ahorcado?

—No lo sé —dijo el *sheriff*—. Nosotros hemos estado buscando desde el amanecer. Pero es posible que a Larrigan, el que no pudo escapar, hayan querido interrogarle por si sabe alguna cosa. Es fácil que la ejecución se haya aplazado, pero también es fácil que lo hayan ahorcado ya.

Se encogió de hombros y cambió de conversación. Ya había perdido demasiado tiempo.

—Amigo Lender hemos de registrar su casa.

—¿Es que sospechan que pueda estar aquí?

—Usted era en la comarca su mejor amigo. La gente les tomaba por padre e hijo. De modo que es usted el primer sospechoso mientras no hayamos registrado estos dos edificios palmo a palmo.

—Pueden registrar —accedió el viejo Lender—. Puedo asegurarles que por aquí no ha venido nadie.

Mientras, parecía pensar: «Ese Larry es el tipo más listo del mundo».

Los cuatro hombres se distribuyeron por las diversas habitaciones. Como los edificios no eran grandes, la tarea resultó sencilla. En un instante estuvieron registrados los dormitorios y las distintas dependencias. Luego fue el propio Hampton, revólver en mano, el que se acercó al galpón de los forrajes.

—Veamos aquí.

«Ese Larry es el tipo más listo del mundo —seguía pensando Richard Lender—. Ha pensado no acercarse por aquí hasta después de la visita del *sheriff*».

—Entren —invitó.

El almacén de forrajes olía a paja fresca. Sólo unos rayos de luz penetraban por la pequeña claraboya, alumbrando los sacos donde se guardaba el grano para los animales, Richard Lender se acercó a ellos y empezó a tirarlos por el suelo.

—No hay nadie. ¡Miren! ¡Miren!

Luego se encaminó hacia la paja.

—Pueden cribarla bien. Nadie la ha tocado desde hace meses. Vea, *sheriff*. Convénzase usted mismo.

Fue la misma certidumbre que Lender tenía de que no había nadie allí lo que salvó a Larry Custer. Pues, en efecto, Lender estaba perfectamente convencido de que Larry aún no se había acercado por el rancho y de que probablemente no se acercaría hasta bien entrada la noche. Su expresión de inocencia y sus ademanes no sólo fueron sinceros, sino que fueron auténticos. Y lograron convencer a un perro de presa tan experimentado como Hampton. Éste apenas dirigió una mirada a las pilas de sacos, detrás de las cuales se encontraba agazapado Larry.

—Está bien, Lender. De acuerdo en que no hay nadie por aquí. Pero si llega a ver a ese Larry Custer más valdrá que le pegue un tiro usted mismo. Le ahorrará la vergüenza de verse conducido a la horca.

Dio media vuelta, disponiéndose a salir, y concluyó:

—Vigilaremos el rancho.

—Como quiera, *sheriff*. Basta que Custer sepa que soy sospechoso para que no se acerque por aquí. No es tan tonto. Usted lo busca por estos contornos y seguramente él estará tratando de cruzar la frontera de Kansas.

—Puede. Pero algo me dice que Custer no es de los que se marchan demasiado lejos. Recuerde lo que le he dicho, Lender. Si llega a verlo, péguele un tiro usted mismo.

Marian, que había estado quieta en la puerta, como una estatua, mientras los hombres registraban el galpón, habló entonces por primera vez:

—No deberían marcharse sin registrar esto mejor. Un hombre puede Ocultarse aquí perfectamente.

Sus palabras produjeron efecto contrario al que deseaba. Hampton se convenció más de que allí no encontraría a nadie.

—Son ustedes muy amables —farfulló—, pero a mí no me interesa perder más tiempo.

Salió a la veranda, en compañía de sus hombres, y con movimientos indolentes se aproximaron a sus caballos.

—¿Puedo saber dónde buscarán ahora? —preguntó Lender.

—Sí. No es ningún secreto, porque nos verán un buen trecho. Vamos a meter la nariz en los cañones rocosos.

Marian estaba tensa y vibrante como un cable de acero. Vio a los hombres montar a caballo y perderse entre una nubecilla de polvo. El polvo cesó cuando los cascos de los animales se adentraron en el mar de hierba.

—¿Qué te ocurre, hija? —preguntó el viejo Richard—. ¿Es que te ha intranquilizado la visita de esos hombres?

—No. Por el contrario, los esperaba. Sabía que iban a venir de un momento a otro.

—Está bien, hija. Te has portado admirablemente. Fue decisivo el que les pidieras que registrasen más. Y ahora permite que te estreche la mano como se la estrechan los hombres. Ayer hiciste un trabajo admirable. Nadie lo hubiera hecho mejor que tú. Nadie.

Ella aceptó la felicitación de su padre con los labios apretados en una dolorosa mueca.

—Gracias. Espero que no tengamos que arrepentimos de todo esto.

—¿Arrepentimos? ¿Por qué? ¿No querías tú también salvar a Larry, costase lo que costase?

—Es verdad. Perdóname, no sé lo que me digo.

—Es la excitación hija. Esa noticia nos ha conmovido a los dos. Todo cesará cuando Larry vuelva.

¡Cuando Larry vuelva!

Marian apretó los labios y miró el horizonte, que se iba oscureciendo. A lo lejos, hacia el norte, se veían aún los caballos dirigiéndose a los cañones rocosos. Unas ráfagas de viento agitaban los altos tallos de hierba. El aire parecía haberse cargado de un extraño fluido, y su olor presagiaba tempestad.

Pero ésta se había levantado ya en el corazón de la mujer.

Volvió la espalda y fue al almacén de forrajes. Abrió la puerta sin vacilación, sin miedo. Los rayos de luz que antes penetraban por la claraboya se habían retirado ya en parte, y ahora en el interior reinaba la penumbra.

Marian avanzó, porque sabía que Larry Custer estaba allí. Y, en efecto, lo vio allí, al fondo de la habitación.

Sus ojos brillaban como los de un gato salvaje.

CAPÍTULO IV

UN HOMBRE SÓLO

Larry Custer podía tener los labios crispados en una mueca de odio o podía sonreír. Eso pensó Marian mientras se acercaba a él, y mientras se decía que su sonrisa sería peor que la mueca.

En efecto, Larry sonreía. A través de sus labios entreabiertos brillaba el blanco mate de sus dientes. Sonreía de una forma tan seca y despiadada como Marian no había visto sonreír a ningún hombre jamás.

—¿Querías mucho a Larrigan? —preguntó el hombre, mirándola a los ojos—. ¿Le sigues queriendo aún?

Ella no contestó. Estaba quieta frente a él, contemplándole. Sentía que la mirada del hombre le atravesaba la piel. De repente, él movió la mano derecha. Sus dedos chocaron contra los labios de Marian, y ésta cayó al suelo sintiendo entre los dientes el gotear de su propia sangre.

—Lo has dicho a través de esa puerta —susurró Larry—. Lo has dicho con la voz de una mujer que ama de verdad. Lástima que yo no me llame Larrigan. Sabría al menos que mi vida vale mil quinientos dólares.

Ella le miró desde abajo, mientras sus dedos estrujaban desesperadamente unas briznas de paja.

—¡Te odio! —jadeó—. ¡Te odio!

—Siempre me has odiado, ¿no es cierto?

—Siempre. Desde que éramos niños. Y desde que éramos niños he estado deseando tu muerte.

—Has perdido una magnífica ocasión, hermana. Lamento que

todo saliera mal. ¡Mi entierro hubiese sido tan hermoso…!

—¿Qué piensas hacer, Larry? —inquirió ella con expresión ansiosa—. ¿Qué piensas hacer?

—Darte nuevas ocasiones para que me mates. Permaneceré en Rancho Lender. Me pondré docenas de veces al alcance de tus labios y al alcance de tu revólver.

—¡Maldito! —Silbó ella—. ¡Maldito!…

Iba a añadir algo, más, pero en ese momento la puerta se abrió de nuevo. Y en el umbral apareció Richard Lender, cuyo rostro estaba sencillamente desencajado por el asombro.

—¡Larry!

Larry sonrió, pero ahora de una forma muy distinta. Su rostro había adquirido una extraña luminosidad, y sus manos se tendieron hacia el viejo en forma suave y blanda. Lender las estrechó casi con lágrimas de gratitud en los ojos, y luego le abrazó. Su abrazo fue tembloroso, y en su rostro aún podía apreciarse que tenía la sensación de estar viviendo un sueño.

—Pero… ¿Estabas aquí cuando ha entrado el *sheriff*? —preguntó al fin, con una mueca de incredulidad.

Su asombro le había impedido darse cuenta de que Marian no estaba de pie, sino derribada en el suelo. La muchacha se incorporó poco a poco, envolviendo a Larry en una mirada de gata.

—Sí. Estaba aquí cuando los hombres de Hampton entraron. Por cierto, tanto usted como Marian hicieron un magnífico papel.

—¡Pero yo no sabía nada, mientras que Marian sí! —exclamo Lender—. ¡Es seguro que Marian te había visto!

—Casi. Por eso tiene más mérito lo que hizo —repuso enigmático.

Marian temblaba. Casi podía oírse el entrechocar de sus dientes en la penumbra.

—¿Están ya lejos los hombres del *sheriff*? —preguntó Larry Custer en voz baja.

—Han marchado hacia los cañones rocosos. Estarán registrándolos hasta bien entrada la noche. Luego es seguro que apostan a alguien en las cercanías del rancho para impedir que te acerques. Pero lo que no sospecharán es que no tienes que acercarte porque ya estás dentro.

—Por poco tiempo —advirtió Larry.

Lender le miró con sorpresa. Pero esa sorpresa no fue nada comparada a la de Marian.

—¿Por poco tiempo…?

—Este rancho será mi centro, mi punto de referencia por decirlo así. Pero tengo centenares de cosas que hacer en toda esta comarca. No es fácil que me quede aquí, esperando.

Richard Lender le tomó de un brazo.

—Larry, hijo mío, son muchas las sorpresas que me has dado a lo largo de tu vida, pero ésta quizá sea la mayor de todas. Tenemos que hablar. Creo que necesitaríamos estar horas y horas hablando. Pero trataremos de ser breves. Ven conmigo a la veranda. Desde allí, además, podremos vigilar todas las cercanías del rancho.

—¿No hay ningún hombre nuevo en el equipo?

—¿Quién va a haber, si no tengo dinero para pagar a los viejos? Son los de siempre, ya los conoces. Gente de entera confianza. Por ellos no tienes nada que temer.

—No temo. Es que no quisiera disparar contra nadie.

Salieron ambos a la veranda, y tomaron asiento en dos de los sillones de madera que había bajo el porche. La luz, hacia oriente, se iba tiñendo de color morado y hacia occidente de color escarlata. Los primeros animales nocturnos se movían furtivamente entre el mar de hierba que rodeaba el rancho. Los gritos de las aves se oían a lo lejos como un quejido que lanzase la misma pradera.

—Mis tierras —murmuró Richard Lender señalándolas con una mirada—. Mis condenadas tierras.

Larry las abarcó con una mirada también. Apenas unos pocos animales entre la hierba, y nada más. Apenas algún cultivo. Los edificios del rancho cayéndose de viejos. Y Richard Lender más cansado que nunca, más impotente para remediar todo aquello.

—He venido por estas tierras —reveló Larry en voz baja—. Por ellas me escapé.

—Hay detalles de tu fuga que no entiendo, Larry.

—Hable.

—¿Por qué tuvo que morir Riley? ¿No estaba de tu parte a causa del dinero? ¿No te ayudó?

—Riley quiso ganar el dinero y no permitir la fuga —manifestó sin querer mencionar las cosas que habían sucedido exactamente al revés de lo que el suponía—. No tuve más remedio que matarle,

después de verle disparar contra mí. Aún no sé cómo lo hice. Recuerdo los disparos y el sonido de las balas aullando junto a mi cabeza. También recuerdo que moví los brazos en forma de molinete. Supongo que me contorsioné en el aire, porque parecía como si mi cintura fuese a romperse. Alguno de los golpes debió alcanzar a Riley, y las argollas de hierro aplastaron su cabeza. Después todo fue una locura, como un sueño. Había un centinela comprado en la torre. Se había comprometido a disparar a destiempo, y lo hizo. Luego, todo consistía en conocer bien la pradera. En saber adaptarse a ella como una bestia furtiva. ¿Y qué soy yo, sino una bestia furtiva?

—Calla, Larry. No vuelvas a ser como antes. No vuelvas a estar obsesionado por lo que no tiene remedio.

—¿Obsesionado yo? ¿Hay algo que pueda obsesionar a un asesino?

Richard Lender se llevó una mano a la frente y cerró los ojos. No le gustaba aquello, no le gustaba que Larry hablase así. Larry siempre sería para él el muchacho valiente a quien conoció… aunque se tratase de un asesino.

—Ya estás aquí —dijo—. No debes preocuparte de los detalles de tu huida. ¿Pero qué ocurrió con Larrigan? Ésta es la última pregunta que voy a hacerte, y luego ya no volveremos a rozar la cuestión.

El mintió otra vez.

—Larrigan era un buen muchacho. Lástima. Nos habían puesto juntos para las últimas horas y tuvo oportunidad de huir. Pero no fue lo bastante rápido. Ni el soldado de la torre sur podía disparar mal ante dos hombres seguidos.

—¿Crees que lo han ahorcado?

—Lo ignoro completamente. Puede que le hayan interrogado por si sabía algo sobre mi huida. Y si le interrogan y habla, es fácil que le comprometa a usted.

—Eso no me importa, a menos que encuentren los mil quinientos dólares de Riley. Pero supongo que éste, fuese donde fuese, los escondería bien.

—De todos modos, no creo que Larrigan le delate.

—¿Por qué lo dices con esa seguridad?

—Cosas.

Dirigieron los dos una larga mirada a los campos silenciosos. Los agentes del *sheriff* ya se habían perdido de vista, aunque era probable que alguno de ellos hubiese quedado en observación en cualquier lugar estratégico, para ver si se acercaba algún jinete al rancho. Larry miró el inmenso terreno como si lo contemplase por primera y última vez.

—Usted ha dicho que no hablaríamos más de mi fuga —susurró—. Pero yo voy a hacerle una pregunta: ¿Por qué se comprometió tanto para salvarme? ¿Por qué hizo esa locura?

—Porque no podía consentir que te ahorcaran, Larry. Y porque te necesito.

—¿Me necesita?

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque no quiero morir solo.

La mirada de Larry adquirió una tonalidad metálica.

—¿Quién habla de morir?

—Mira —dijo Lender, haciendo con el brazo un ademán que abarcaba la extensión de sus tierras—, esto es el rancho. Vale mucho si se está capacitado para atenderlo en las condiciones actuales. Dentro de un año no tendré una sola res ni una sola hectárea de cultivo. Nada.

—Antes, Rancho Lender era muy rico.

—Sí, lo era. Y es lo peor. Mi caída ha sido más dura porque he caído desde bastante alto.

—Cuénteme cómo empezó.

—Empezó cuando mataron a Farwell, que venía de vender reses, y le robaron la cuantiosa suma que llevaba encima. Farwell era el único hombre joven que tenía en mi rancho. El único en quien podía confiar. Porque además era astuto y no tenía aspecto de llevar nunca ni diez centavos en los bolsillos. Desde aquel día todo fue mal.

—¿Cuánto hace de eso?

—Un año.

—Sí. Recuerdo que lo leí en uno de los periódicos de esta región que llegaban hasta Utah. Farwell había sido asesinado, o ejecutado diríase mejor, de un balazo en la sien. No tuvo oportunidad de defenderse. Pero no se dijo que llevara ni una moneda de oro

encima.

—Nadie sabía que Farwell traía para mí el importe de las ventas. Como tú no ignoras, hace un año aún no teníamos Banco en la ciudad. No era posible hacer giros.

—¿Quién más lo sabía? Me refiero a lo de Farwell.

—Mi hija Marian. Y, naturalmente, los tratantes en ganado que le entregaron el dinero.

—Pudieron ser ellos. O pudo ser Marian. Eso es lo primero que se necesita aclarar.

—¿Marian?

—No digo que lo hiciera conscientemente. Pudo cometer alguna indiscreción. Las mujeres suelen irse de la lengua.

O puede que la indiscreción la cometiese el mismo Farwell. Si hace un año de eso, es posible que no lo averigüemos jamás.

Hizo una pequeña pausa y preguntó:

—¿Por qué no encargó entonces del asunto a una agencia de detectives? La Agencia Pinkerton ha resuelto en Kansas docenas de casos como éste.

—Lo encargué. Como comprenderás no podía permitir que me hundiesen para toda la vida. Tenía que hacer algo.

—¿Y cuál fue el informe de la agencia?

—No hubo informe. Mataron al detective que tenía que encargarse de este asunto. Fue… Bueno, fue un tiro en la sien. Como a Farwell. Y la agencia renunció a embarcar a más hombres en una misión tan peligrosa, a menos que yo pagase unos honorarios desorbitados, que ya no podía pagar. Entonces me encontré solo ante las cosas que fueran sucediendo. Y, desde luego, sucedieron cosas.

—¿Por ejemplo?

—La epidemia de carbunco. Terminó con casi todos mis rebaños, hasta que pudimos combatirla.

—¿No se vieron perjudicados sus vecinos?

—Ellos habían retirado el ganado de estos contornos. Lo estaban reuniendo y marcando más allá de los Cañones del Hombre Amarillo.

—¿Era época buena para marcar?

—No.

—¿Se da cuenta de que eso huele a maniobra desde cien millas

de distancia?

—Sí, pero me fue imposible hacer nada. ¿Qué podía probar?

—¿Quiénes son sus vecinos ahora?

—Los que lo fueron siempre, Nathaniel Fox, por el sur. Y por éste y el oeste Sam Rodes. Al norte están las tierras incultas de los cañones, por donde va la ruta de diligencias. No, pertenecen a nadie.

—Nathaniel Fox y Sam Rodes siempre fueron ambiciosos, pero no resulta fácil comprender qué es lo que se proponen ahora. ¿Le han hecho alguna proposición para la compra de su rancho?

—Sí.

—¿Se percata de que eso ya es una prueba?

El viejo Lender movió poco a poco la cabeza de un lado a otro, denegando.

—Todo aquel que prospera quiere comprar las tierras de su vecino. Demasiado sabes que eso es normal entre rancheros. Desde hace años, los dos me vienen proponiendo una compra. Y hace años las cosas iban bien, y en el firmamento aún no había aparecido ninguna nubecilla. No, Larry, no podemos tirar por ese camino. Si hubiera de sospechar de todos los que me han propuesto comprar mis tierras, sospecharía ya de medio Kansas.

Larry echó la cabeza atrás, reflexionando.

—Desde luego, si esos dos le han propuesto la compra, la sospecha cae por su base. Tan adversario como usted pueda serlo de ellos, lo son Fox y Rodes entre sí. No se pondrían de acuerdo para desvalorizar un rancho y luego comprarlo. Ninguno de los dos ganaría nada con eso, porque entre los dos seguiría existiendo una rivalidad y una lucha. Lo mismo que han hecho luego entre sí. No, definitivamente, todo esto no les conduciría a nada.

—Eso es lo mismo que docenas de veces, cuando por las noches me siento aquí a contemplar las estrellas, he pensado yo. Ni Nathaiel Fox ni Sam Rodes pueden tener intervención en esto.

—¿De quién sospecha, entonces?

—No lo sé. Por eso me gusta que estés aquí. Porque no sé qué pensar, y porque tú puedes tener alguna idea.

—Las ideas que yo tenga de nada pueden servirle.

Lender se inclinó un poco hacia adelante, y girando la cabeza le miró silenciosamente.

—Mira, hijo —susurró al fin—, yo te he salvado para que a cambio me prestaras un servicio. Salvarte me ha costado ponerme en manos de un usurero más, pero eso ya no importa. Lo único que yo quiero es que procures estar oculto en este rancho mientras se resuelve tu situación. Aquí no correrás peligro ni tendrás que matar a nadie. Y si mientras tanto, observando estas tierras, o viendo quién va o quién viene por ellas, se te ocurre algo, tanto mejor. Yo siempre he tenido una gran confianza en tus ideas, Larry, más incluso que en tu mente de luchador. Porque parece como si hubieras nacido para desentrañar misterios.

Larry rió secamente.

—¿Para qué le van a servir las ideas de un condenado a muerte?

—Si permaneces algunos días aquí, también lograrás resolver lo tuyo, Larry. Estoy seguro.

—Más vale que no hablemos de eso, Lender.

—Está bien, no hablemos.

No había acritud en su voz, sino tan sólo cansancio. «Es ahora cuando Lender empieza a ser un viejo —pensó Larry—. Es ahora cuando empieza a tener ganas de morir».

Sin transición dijo:

—Me gustaría echar una ojeada a lo suyo, Lender.

—¿Qué piensas hacer?

—Sólo, hay tres caminos a seguir: El de sus vecinos, el de los trabajadores del rancho y el de Marian.

—Puedes desechar los dos últimos. Me juego las manos por los trabajadores de mi rancho, y en cuanto a Marian, mis intereses son los suyos. Aunque no me tuviera ningún cariño, debería pensar en eso.

—Quedan los vecinos. Nathaniel Fox y Sam Rodes. Ellos sí que tienen otros intereses.

—Pero ya hemos visto que apenas hay base material para sospechar de ninguno de los dos.

—Son el único camino que nos queda, si eliminamos los otros. El único camino que podemos seguir.

Hizo otra pausa y añadió:

—Nathaniel Fox tiene una hija, Sandra Fox. ¿Recuerda que nos conocíamos bien? ¿Recuerda que se habló de nosotros?

—Sí. Y recuerdo que su padre amenazó con matarle sí volvía a

verte en su compañía. Porque para Nathaniel tú no eras más que un jovenzuelo sin dinero y sin familia, que trabajaba en la conducción de manadas y a quién no se aseguraba ningún porvenir. Recuerdo eso.

—Ya ve que Nathaniel Fox no tuvo razón. Se equivocó. Yo tenía un porvenir que él no supo adivinar: la horca.

—Larry.

—¿Qué?

—No vuelvas a hablar así. No me gusta que hables de ese modo. Parece como si te recrearas en tu propia desdicha.

—La desdicha de uno mismo puede ser un espectáculo instructivo, y a veces hasta grotesco. Pero no volveré a hablar de eso, si no le gusta. Y lo que haré será visitar a Sandra.

—Larry, además tengo que decirte otra cosa.

—Dígala.

—No conviene que veas a Sandra. Sé que nunca emplearás una mujer para tus propósitos y que lo único que deseas es llegar así hasta su padre. Pero eso es peligroso porque ahora te persigue el *sheriff*. Y porque…

No continuó. Larry instó:

—Termine.

—Porque Marian está enamorada de ti.

Larry lanzó una carcajada seca, brusca.

—¿Acaso no me crees? —preguntó Lender—. ¿Es posible que no hayas notado tú una cosa que incluso he notado yo?

—Marian es una mujer muy extraña. Usted no la conoce bien. Marian es una mujer a la que quizá nunca conozcamos ninguno de los dos.

Se levantó y dio unos pasos por la veranda, hasta llegar al amarradero de los caballos. Luego dio media vuelta y, con los dedos pulgares introducidos por detrás de su cinturón, musitó:

—Oiga otra cosa, Lender. No voy a quedarme en su rancho.

—¿Que no vas a quedarte aquí?

—No. Este lugar estará muy vigilado, aunque hayamos podido esquivar el primer golpe. Estoy acostumbrado a vivir en la pradera y seguiré viviendo en ella. Sólo pienso venir aquí de vez en cuando.

—Pero necesitarás ropas, dinero…

—Mis ropas son casi nuevas. Me puse lo mejor que tenía para la

ceremonia de la horca. En cuanto a dinero, ¿qué voy a necesitar? La pradera da todo lo que un hombre necesita para vivir. Sólo me hacen falta dos revólveres y comer algo ahora. No he probado bocado desde anoche, desde la que tenía que ser la última cena.

—Creo que haces una locura, Larry.

—Pero, como todas las locuras que yo hago, está ya decidida.

Lender se puso en pie y llamó:

—¡Marian!

Marian apareció en la veranda al cabo de unos instantes. Se había puesto un vestido nuevo, atrevido, rutilante. Se había ordenado los cabellos y se había pintado los labios. Pero éstos estaban plegados en una mueca dura y seca, que era como un desafío. Su belleza también lo era.

—¿Me consideras como una visita de cumplido? —preguntó Larry.

—En todo el año no hemos tenido una visita importante en esta casa.

—Marian, Larry necesita comer algo —advirtió el viejo, cortando con sus palabras las miradas frías y metálicas de los dos—. Haz el favor de decir que le preparen cena. Yo te proporcionaré armas y un caballo —añadió, dirigiéndose a él—. Además de los revólveres, necesitarás un rifle.

—¿Te marchas? —preguntó Marian, sin que la expresión de su rostro revelase la emoción más mínima.

—Sí, me marcho.

—¿Puedo saber a dónde o es un secreto?

—Es un secreto.

Richard Lender dio un golpe en la espalda al joven, antes de dirigirse hacia las cuadras.

—No hagas caso a Marian, hijo. Está furiosa como las gatas cuando no les hacen demasiado caso. Pero en realidad lo único que desea es tener ocasión de mimar a alguien.

Mientras el viejo se alejaba a lo largo de la veranda, Larry Custer la miró a ella a los ojos.

—¿Qué te importaba Larrigan? —preguntó secamente—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te jugaste tanto por tan poca cosa?

—Larrigan no es poca cosa.

—Pero ¿qué te importaba a ti?

—Larrigan ha sido mi pretendiente durante mucho tiempo. Larrigan me respetaba, me trataba como se debe tratar a una mujer. No como tú, que me has mirado siempre como a un insecto.

—Eso no explica las cosas, Marian. No puedes jugarte la vida por todos los hombres que te hayan dicho palabras de amor al oído.

—Por Larrigan, sí.

La actitud de la mujer era firme, desafiante. Custer le dirigió una sonrisa cuadrada que parecía un desafío.

—Quisiste salvar a un asesino y has salvado a otro —musitó—. Me he presentado aquí cuando menos lo esperabas, te he abofetado, te he ofendido. Todo eso son demasiadas sorpresas para una mujer como tú. Pero las cosas no han hecho más que empezar, y si quieres vivir tranquila, lo que debes hacer es encerrarte en tu habitación y no salir de ella hasta que me hayan matado. Y hasta que hayan ahorcado a Larrigan.

Marian se estremeció. No pudo soportar la mirada fría y metálica del hombre. En aquel momento llegó Richard Lender.

—¿Todavía aquí? —preguntó—. ¿No preparas algo para Larry, Marian? —Y luego, dirigiéndose al hombre—: Aquí tienes dos revólveres y un buen rifle. Los revólveres son del calibre 45, el rifle es un
«30-30».
Un tipo como tú hará puntería con él a quinientas yardas de distancia. Pero antes de entregártelo quisiera advertirle una cosa, Larry.

—¿Cuál?

—Procura no hacer puntería. Será mejor.

Le puso la mano en la espalda y le hizo entrar en la casa.

—Vamos, abreviad. Los hombres del *sheriff* pueden regresar de un momento a otro.

—Y aparte del rifle, Larry, procura no usar tampoco el revólver.

CAPÍTULO V

HUELLAS DE SANGRE

El revólver fue zarandeado suavemente por la culata, a fin de que encajara mejor en la funda. Luego, los dedos quedaron quietos en el aire, a unas cuatro pulgadas del arma.

Larry Custer, que estaba solo en la barra del bar, apoyado insolentemente en ella, observó aquellos movimientos del revólver con los ojos entrecerrados y con una mueca de aburrimiento en los labios.

—¿Qué te ocurre, Houston? ¿Estás nervioso?

Houston no estaba nervioso. Tenía a sus espaldas dos hombres, y sabía que forzosamente iba a vencer él cuando empezasen a ladrar las balas.

—¿Qué has venido a buscar aquí, Custer?

—¿No lo ves? A beber una copa.

Los hombres que antes estaban en la barra, y que se habían separado del joven al iniciarse la conversación, se distanciaron más todavía. Una zona de unos diez metros de ancho y doce o catorce de profundidad quedó completamente vacía en el local. A un lado de esa zona se encontraba Larry Custer, apoyado a la barra. Al otro, los tres hombres. Houston arqueó las piernas, mientras su tronco se ladeaba un poco a la izquierda.

«Va a disparar con la derecha», pensó Larry.

Pero al instante ese pensamiento desapareció de su mente. A él no le interesaba saber la mano con la que Houston iba a disparar. A él sólo le interesaba saber lo que Houston pensaba de todo aquello.

—Parece mentira que te hayas atrevido a venir aquí —dijo

Houston—. Debes de estar loco para haberlo hecho. ¡Presentarte aquí tranquilamente en un lugar que está solo a tres millas del fuerte de donde te fugaste hace dos noches…!

—Esto no es un saloon de la ciudad —arguyó Larry tranquilamente—. Es un parador del camino, Y no es fácil que el *sheriff* se presente en un sitio así. Me cree mucho más lejos.

Houston tenía unos treinta años y era delgado, de movimientos simiescos y ágiles. Se preciaba de haber conquistado a muchas mujeres y haber matado a muchos hombres. Larry le conocía desde mucho tiempo atrás, desde que aquel hombre llegó a establecerse en Kansas y empezó a interesarse por las muchachas que había en los ranchos de la llanura.

—¿Dónde trabajas ahora? —preguntó el joven.

—En el rancho de Sam Rodes. Soy el capataz.

—Lo sabía —sonrió Custer—. Me enteré de ello cuando los gorilas del *sheriff* me metieron en la cárcel. Y si he venido aquí ha sido precisamente por ello, por saber que tú eres el capataz de Sam Rodes.

Houston acercó un poco más las manos a las culatas de sus revólveres.

—¿Cuándo quieres que te mate, Custer? ¿Ahora?

—Antes tenemos que hablar. He venido para eso.

—Tú y yo no tenemos que decirnos nada. Que hablen los revólveres.

—Recuerdo aquel día en que asesinaste a la pequeña Ann —barbotó Custer con una sonrisa helada—, simplemente para aterrorizar a su padre. Recuerdo la noche en que raptaste a la hermana de Ann. Lo recuerdo con tanta precisión como si acabara de ocurrir ahora mismo, Houston. Pero antes de que el recuerdo sea demasiado fuerte y me decida a matarte, tenemos que charlar un poco.

—¿Te das cuenta de que somos tres contra uno?

—Me doy cuenta. Tú nunca juegas con desventaja, Houston. ¿Pero qué son tres hombres para un revólver de seis balas?

Una voz se levantó entonces desde el fondo de la sala.

—Vamos, caballeros, deberían intentar solucionar sus diferencias por medios pacíficos. Supongo que se dan cuenta de que así no van a ganar absolutamente nada.

Larry desvió su atención tan sólo unos segundos para mirar a aquel hombre. Era un tipo de unos cuarenta y cinco años, grueso, calvo, completamente vestido de negro. Una abundante papada nacía bajo su mandíbula. No llevaba armas, salvo un monumental reloj que colgaba de su chaleco y que arrojado con acierto hubiese abierto la cabeza a cualquiera; su diestra empuñaba un paraguas.

—Caballeros —repitió—, no sé lo que ustedes piensan. Yo, que llevo luto por todos los crímenes que se cometen diariamente en esta maldita región del Oeste…

Larry seguía con la atención fija en él, y eso estuvo a punto de resultarle fatal.

Houston había sacado sus revólveres. Los dos hombres que estaban tras él le imitaron instantáneamente.

Larry Custer se dejó caer de rodillas, mientras sus dientes entrechocaban a causa de la crispación completa que sufrieron todos los músculos de su cuerpo. Las balas aullaron junto a su cabeza y marcaron un trazo fatídico sobre la madera de la barra. Custer quedó casi acorralado, frente a tres hombres, sin posibilidad de escabullirse. Tenía que ser más rápido que ellos, tenía que matarlos a los tres antes de que disparasen de nuevo. Porque por rápidamente que se moviese ya no fallarían esta vez.

Y entonces. Larry Custer hizo algo que ni aún en el mismo Kansas se había visto hacer nunca.

Tiró a través de las fundas, con tal rapidez, que sus balas formaron un solo rugido, y moviendo los revólveres en abanico con tal precisión que pareció como si sus movimientos hubieran sido trazados con un compás. Lo que hizo, en la imposiblidad de apuntar, fue rociar con el plomo la zona en que se encontraban los tres hombres, demasiado juntos para no ofrecer un buen blanco. De esos tres hombres sólo uno pudo disparar otra vez, pero su bala se empotró en la tablas del suelo. Los otros dos murieron sin haber podido apretar nuevamente sus gatillos.

Houston, que era el que estaba delante, dio aún dos pasos antes de caer. Estaba muerto, porque una bala le había atravesado el corazón, pero sus músculos aún respondían. Quiso apretar el gatillo y no pudo. Sus facciones estaban crispadas cuando cayó.

Larry Custer desenfundó sus dos revólveres, los encajó bien y se puso en pie poco a poco.

—No tengo dinero para pagar el entierro —advirtió al dueño del bar—. Pero si los cargan en un caballo cuidaré de enterrarlos yo mismo.

—Supongo que la de sepulturero debe ser su vocación favorita —dijo una voz a su espalda.

Larry se volvió poco a poco, mirando hacia la puerta, y vio entonces a una mujer.

Sandra.

Sandra Fox, la hija de Nathaniel, había cambiado desde que él la vio por última vez. Era ahora una mujer de belleza agresiva, poderosa, casi violenta. Una belleza que parecía estar muy por encima de los hombres que la contemplaban. Y ahora, con sus labios curvados en una mueca de desprecio hacia Larry, parecía todavía más inasequible.

Iba vestida como una auténtica señorita. Y lo era. Su padre, uno de los vecinos de Richard Lender, tenía una de las fortunas más importantes de Kansas. Y sólo una hija, Sandra, para gastarla.

—Sepulturero o verdugo —añadió ella—. Apuesto a que entre ambas cosas le sería difícil elegir.

Larry la miró de arriba abajo, con una meticulosa detención, sin preocuparse de saber si ella se sentía ofendida por aquella mirada.

—Me hablas como a un extraño —observó—. ¿Es que no me reconoces?

—Los asesinos siempre son unos extraños para mí.

—¿Asesino? ¿No lo has visto todo?

—He visto desde la puerta cómo disparabas. Nada más. Y te juro que he tenido bastante.

—Ellos se lo buscaron —rezongó Larry, masticando sus palabras —. Es posible que les hubiese matado igual, pero no tan pronto. ¿Y qué hace una damisela como tú en un lugar como éste?

—He venido en mi coche a buscar a algunos hombres del rancho de mi padre. Tienen que conducir una manada, y saldrán antes de que anochezca. Sabía que iba a encontrarlos aquí, en este lugar de borracheras y de perdición. En este antro de asesinos como tú.

Penetró en el parador, mientras todos los hombres la devoraban con los ojos, y miró los tres cadáveres.

—Houston… —murmuró—. Un mal bicho. Merecía morir. Y además era el capataz del rancho Rodes, rival de mi padre.

—¿No hay armonía entre el rancho de Fox y el rancho de Sam Rodes?

—¿Has visto tú alguna vez dos vecinos que se entiendan? —preguntó ella con una sonrisa despectiva en los labios.

—¿Y de qué te quejas, entonces?

—De que los haya matado un asesino peor que ellos.

—Celebro que tengas tan buena opinión de mí —replicó Larry—. Nunca me habías alabado tanto. ¿Sirvo yo para conductor de esa manada?

—Tengo ya hombres que lo harán mejor. ¡Ferguson, Vic, Sanders! ¡Vamos, andad!

Tres hombres taciturnos se despegaron del grupo de espectadores y con la cabeza gacha comenzaron a andar hacia la puerta.

Luego, Sandra volvió a centrar su atención en Larry Custer.

—¿Qué hace en este lugar un condenado a muerte como tú?

—¿No lo ves? Justificar mi condena.

—¿Sabes que esto está muy cerca de la ciudad? ¿Sabes que el *sheriff* y sus hombres pueden aparecer por aquí en cualquier momento?

—Peor para ellos.

Larry respondía con solemne calma. Y se oyó entonces en todo el local el chasquido de los dientes de la mujer.

—¡No eres más que un miserable asesino! ¡Un loco! ¡Un buitre al que colgarán siete veces de la misma horca!

—Pero ¿qué te ocurre? ¿No te parece bien el que haya eliminado a dos de los enemigos de tu padre?

—Morirás antes de veinticuatro horas, Larry Custer —escupió ella—. Morirás porque tú mismo estás buscando tu muerte.

Larry tenía un vaso en la barra, al alcance de su mano. Lo tendió hacia la mujer como si brindase.

—Celebro haber comprobado que estás más hermosa que nunca, Sandra. A tu salud.

Ella apretó los puños, conteniendo alguna palabra fuerte, y se dirigió a la puerta del local. Pero antes de salir dijo:

—Guárdate de los hombres de Sam Rodes. Guárdate de ellos más que del *sheriff*. Porque Sam Rodes tiene los mejores pistoleros de la comarca y los lanzará contra ti, como perros de caza.

—Peor para ellos —repitió Larry.

Tomó la botella, que estaba también al alcance de su mano, y se sirvió otro vaso de licor. A su alrededor, los espectadores se habían ido animando, y ahora se escuchaba un solo murmullo. Nadie se acordaba ya de los muertos. Sólo Larry cuando habló:

—Supongo que esos hombres tendrían los caballos ahí fuera. Si alguien me ayuda a cargarlos y me presta una pala, me hará un favor. Voy a enterrarlos yo mismo.

Sandra se había ya marchado, acompañada por sus tres cow-boys.
Su lujoso coche se distinguía tan sólo como una nubecilla de polvo en la lejanía. Larry contempló el relieve de los tres muertos doblados sobre sus caballos, recortándose a la luz violácea del atardecer. Tenía los labios secos y se tuvo que pasar la lengua por ellos. Luego montó en el caballo que le prestara el viejo Lender y emprendió lentamente el camino hacia unas dunas de arena que se recortaban en la lejanía.

* * *

Había enterrado ya a los tres hombres y se dirigía de nuevo hacia la pradera, para lo cual tenía que pasar muy cerca del parador donde había tenido lugar la pelea, cuando encontró otra vez al hombre vestido de negro.

El hombre vestido de negro estaba quieto en el centro del camino, haciendo oscilar como un péndulo la cadena de la que colgaba su pesado reloj de oro. Tenía los ojos brillantes y miraba fijamente a Larry, pero tampoco ahora llevaba armas.

Larry se detuvo y descabalgó del caballo.

—¿Qué quiere? Adivino que me está esperando a mí. ¿Quién es usted en realidad? ¿Un juez? ¿Un delegado del gobernador? ¿Un aspirante al puesto de *sheriff*?

El hombre denegó con la cabeza, sin dejar de mirarle. Era alto y fuerte, pero todo él daba la sensación de cosa grasienta, fofa, indolente. Daba la impresión de que si cayera ya no podría levantar, aunque sus ojos eran acerados y brillantes.

—Me llamo Kendall —declaró.

—Muy bien, Kendall. ¿Y qué pretende usted?

—Soy el presidente de una asociación que ha empezado a

funcionar en Kansas hace seis meses. Se llama «La lucha contra el crimen».

—Excelente nombre. ¿Y qué hacen ustedes? ¿Organizar bailes de ésos en que no se permite entrar con revólver?

—Nuestros proyectos van mucho más lejos, señor Custer.

—Veo que me conoce bien. ¿Pero puede decirme de una vez qué desea de mi?

—Deseo que usted entre a formar parte de nuestra asociación.

Larry estuvo a punto de reír. La carcajada casi saltó a sus labios. Pero murió en ellos antes de brotar, porque desde cierto tiempo atrás Larry Custer había olvidado ya cómo se ríe.

—¿Sabe que me fugué de Fort Sullivan hace un par de noches? ¿Sabe que estoy condenado a muerte y que el *sheriff* me busca? ¿Sabe que lo único que me salva es mi propia audacia, porque el *sheriff* no se atreve a imaginar siquiera que yo pueda estar aquí?

Los ojos de Kendall brillaron más aún.

—Yo pretendo que su audacia llegue más lejos todavía, señor Custer. Pretendo que entre a formar parte de nuestra asociación y luche contra usted mismo, contra sus propios impulsos asesinos.

Señaló hacia atrás. Larry vio ahora que un grupo de unas doce personas estaba reunido más abajo, entre las sombras. Sólo había una mujer en ese grupo, y ya no parecía demasiado joven. Los demás eran hombres bien vestidos, con aspecto de pertenecer a las clases adineradas de Kansas. Entre ellos reconoció Larry a Nathaniel Fox.

—¿Quiénes son ésos? —preguntó Larry—. ¿Qué hacen con ese aspecto de ir a presenciar una ejecución?

—Todos esos caballeros forman parte de nuestra sociedad —manifestó Kendall—. Nos reunimos en el salón de actos de Wilbury Lañe. Está aquí. Cada semana pronunciamos una conferencia.

—Sería curioso que un tipo como yo entrase a formar parte de una «Sociedad contra el crimen» —gruñó Larry—. Pero me gustan las cosas curiosas. Les acompañaré.

El salón de actos de Wilbury Lañe estaba a la entrada de la población. Desde allí a la oficina del *sheriff* no habría más de quinientas yardas. Larry imaginó al de la estrella distribuyendo sus agentes por la pradera, sin imaginar que el fugitivo estaba tan cerca. Pero, aunque el plan que se había trazado lo exigía así, su

audacia estaba llegando ya muy lejos. La ciudad era territorio prohibido para él.

Kendall era el que tenía que dar la conferencia. Todos sus oyentes se sentaron ante una tarima levantada en el centro de la sala, y Larry ocupó la última fila, cerca de la puerta. Kendall hizo media docena de ampulosos ademanes y empezó a hablar.

—¡El crimen está asolando nuestra amada tierra de Kansas! ¡Nuestros bienes no están seguros, y ninguna mujer de este país puede considerarse a salvo! ¡Peor que Texas y peor que Nevada, Kansas es el imperio del crimen! ¿Por qué? ¡Por la falta de una autoridad decidida y fuerte! ¡Porque estamos necesitando a alguien que gobierne esta tierra con mano dura, suprima alguno de los privilegios que ayudan a los criminales y haga de Kansas un verdadero imperio de la Ley!

Larry Custer no le escuchaba siquiera. Todo aquello le parecía muy aburrido. Había oído cosas parecidas en Texas, en Arizona, en Nevada y en Nuevo México, y, sin embargo, ésos eran sitios donde los hombres seguían muriendo con plomo caliente bajo la piel. Kendall siguió clamando:

—¡Hay que suprimir la violencia que se desencadena sobre nosotros, hay que evitar que todo hombre se sienta amenazado!

Larry, que estaba en la última fila, sintió entonces que el cañón de un revólver se clavaba en sus costillas.

—Deja de prestar atención, nene —silbó una voz.

Capítulo VI

¡NO ERES MAS QUE UN PERSEGUIDO!

«El *sheriff* —pensó Larry—. He caído en la trampa como un colegial, como un imbécil…».

Se volvió un poco, sabiendo que iba a encontrar tras él el brillo metálico de la estrella de cinco puntas. Pero en esto se equivocaba: El hombre que le estaba apuntando, introduciéndole casi el cañón de su «45» entre las costillas, no era el *sheriff* sino Sugar Jones, un pistolero que había trabajado en Kansas para más de quince patronos distintos, y que tenía a sus espaldas un verdadero batallón de muertos.

«Debemos evitar —seguía aullando Kendall—, que los hombres puedan ser amenazados cuando menos lo esperan…».

—Sal —conminó Sugar Jones—. Hay unos amigos que te están esperando ahí fuera.

—¿Qué ocurre? ¿Trabajas ahora para la Ley? No me digas que sí porque me coge un ataque de hígado.

—Sal fuera y no chistes. Te puedo dejar seco aquí mismo. Te juro que me gustaría.

Larry se levantó poco a poco, procurando no hacer ruido, y salió. Kendall estaba ensimismado en su perorata. Su voz era tan fuerte que nadie notó el leve taconeo de Larry y de Sugar Jones.

Fuera había tres caballos, sobre uno de los cuales estaba un hombre. Ese hombre sostenía entre las manos un «30-30» en posición de disparar. Y apuntaba al corazón de Larry.

—Sube. Hemos traído incluso un caballo para ti. No dirás que no

te tratamos bien.

Larry montó, y se dejó conducir. Mientras montaba Sugar le había despojado de sus revólveres. El caballo con su rifle había desaparecido. Se alejaron poco a poco de la ciudad, en la que se oían gritos, canciones y estampidos de revólver.

—¿A dónde vamos?

—A dar un paseo.

El paseo terminó en el pequeño parador donde tuvo lugar la pelea. El parador ya debía estar cerrado a esa hora, pero en su interior había luz. El del
«30-30»
que iba delante, se detuvo y lanzó un silbido. Alguien abrió la puerta.

—Vaya, veo que me invitáis a beber.

Sugar le golpeó la nuca con la culata, salvajemente, y le hizo caer del caballo. Una vez lo tuvo en tierra lo repasó con las patas de su animal. Larry tuvo que destrozarse los labios para no lanzar un gemido. No podía librarse, y el suplicio hubiera continuado de no ordenar en aquellos momentos una voz:

—¡Entradle!

Sugar dejó que Larry se levantara. El joven estaba tambaleante y sentía como si cien campanas de goma resonaran dentro de su cráneo, que parecía estrujado por dos manos gigantescas. Entonces, Sugar, que dominaba maravillosamente a su caballo, hizo algo más divertido aún. Colocó su montura a espaldas de Larry y de repente hizo que el animal levantara el morro y diera un terrible golpe con él a la espalda del joven. Éste salió impulsado, atravesó volando la puerta y cayó de bruces en el centro del local, derribando una mesa y unas cuantas sillas.

Se oyó una risa cantarina, dulce, suave, pero infinitamente cruel. Una risa de mujer.

Larry levantó los ojos y vio a Sandra.

Sandra estaba sentada ante una mesa, con el busto echado hacia atrás, sobre el respaldo, y reía provocativamente. Junto a ella, sentado también, estaba Sam Rodes. Era fácil reconocer a Sam Rodes por su barbilla cuadrada y sus ojos verdes, pero con la misma forma que los de un ratón.

—Creí que las señoritas estaban en casa a esta hora —ironizó

Larry, tratando de incorporarse—. Y creí además, que no estabas en muy buena relación con lo vecinos de tu padre.

—Mi padre tenía una deuda con Sam Rodes —contestó Sandra sin dejar de reír—. Una vaca que sin querer mataron nuestros hombres y que teníamos que pagarle.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Tú eres el precio de una vaca.

Larry fue a lanzarse hacia delante, con un arranque que nadie esperaba de él, pero Sugar Jones le enlazó con su cuerda una de las botas. Y el joven volvió a caer a tierra, entre nuevas y más divertidas carcajadas de Sandra.

Sam Rodes se puso en pie. Tenía los brazos fuertes, velludos. Brazos de hombre que siempre vivió en un rancho.

—No le sueltes, Sugar —ordenó—. Pero deja que se ponga en pie.

Sugar aflojó la tensión de la cuerda, y Larry pudo incorporarse.

—¿De modo que el precio de una vaca? —susurró.

—Y aún te hemos tasado alto. Yo dije a Sam Rodes que eres tú quien había matado a tres de sus hombres, y le presté a Sugar Jones, un verdadero especialista, para que te capturase. Ahora, Sam Rodes querrá cobrarse el precio. Y no olvides que la vaca murió.

—De este modo tu padre quedará libre, ¿verdad? —Escupió Larry.

—Sí. Y observa con qué facilidad he logrado aliviarle de su deuda.

—Pero ahora seré yo tu acreedor —replicó Larry—. Y es malo que una mujer tan hermosa tenga deudas con un hombre joven.

—¡Basta! —gritó Sam Rodes.

Fue el primero en pegar cuando Larry no lo esperaba. Sus manos, grandes como zarpas de oso, se aplastaron sobre el rostro del joven cuatro veces en cuatro segundos.

Larry fue a defenderse, y sus brazos se movieron con la velocidad de un relámpago. Pero en ese momento Sugar, sabiamente, tiró de la cuerda. Larry perdió el equilibrio y cayó al suelo estrepitosamente. Sandra rió otra vez, y Rodes, con una insospechada agilidad, levantó la rodilla para aplastarle la cara a Larry mientras caía. Consiguió plenamente su propósito, y se oyó un chasquido. Larry quedó en el suelo con las facciones bañadas en

sangre.

Rodes entreabrió las piernas y le miró desde arriba como si contemplara a un insecto.

—¡Levántate!

Larry apenas podía hacerlo, porque le lagrimeaban los ojos, y las piernas se negaban a sostenerle. Sandra, al ver que no se levantaba en seguida, rió otra vez y preguntó:

—¿Ya se ha acabado tu gallardía mequetrefe?

Larry se puso en pie, y Sam Rodes no esperó a que estuviera del todo sentado sobre sus plantas para propinarle una nueva serie. Sus zarpas cayeron otra vez sobre el rostro de Larry, con una furia salvaje, y los chasquidos hicieron estremecer la habitación. La cara del joven no era más que una máscara de sangre, pero no por eso estaba ya vencido. Sus brazos se movieron de repente, con la velocidad y la fuerza de dos catapultas. Mientras el izquierdo detenía un golpe de Rodes, el derecho salió disparado hacia el mentón. Se oyó un crujido espantoso, y Rodes quedó durante unos momentos como colgado en el aire. Y entonces los dos brazos de Larry se movieron otra vez, ahora siguiendo un compás alucinante de
uno-dos,
tres-cuatro. La mandíbula de Sam Rodes quedó desecha, y su boca destrozada se convirtió en un manantial de sangre que casi se desplomó encima de las rodillas de Sandra.

La risa de ésta había cesado de repente. Sugar Jones parecía atontado, con la cuerda en las manos, sin acordarse de tirar.

Cuando lo hizo, Sam Rodes ya se frotaba con el dorso de la mano la boca llena de sangre. Larry Custer cayó al suelo, y fue arrastrado. Sam Rodes se puso en pie y le clavó en las costillas la punta de sus botas.

Larry ahogó un gemido. Veía los ojos de Sandra, brillantes ante el suplicio. Veía sus mejillas tersas y limpias, a las que un gozo satánico teñía de color rojo.

—¡Ponte en pie y atrévete a tocarme otra vez!

—¡Claro que me atrevo, valiente!

Iba a mover los brazos de nuevo cuando Rodes gritó:

—¡Sujetadle!

Dos hombres se le echaron encima como lobos hambrientos. Le

golpearon en la nuca, para atontarle, y le sujetaron los brazos. Uno de ellos le tiró luego de los cabellos para echarle la cabeza hacia atrás, Sam tomó impulso y manoteó, amenazador.

—¡Ahora verás!

Sandra empezó a reír otra vez, y su risa llenó la sala confundiéndose con el ruido salvaje de los golpes. De repente unas gotitas de sangre saltaron hasta su vestido, y entonces dejó de reír. Dejó de reír también cuando Larry quedó exánime en brazos de los dos hombres. Y al ver que Sam Rodes seguía golpeando, sus ojos dejaron de mirar al ranchero y sus labios se contrajeron en una mueca de asco.

—¡Basta ya! —ordenó—. ¿No tiene bastante? ¿Qué quiere usted? ¿Acabar de matarle con los puños?

—¡Ésa es precisamente la muerte que merece!

Sugar Jones y el otro dejaron caer a tierra el cuerpo exánime de Larry.

Sugar sacó su revólver.

—¿Lo despacho? ¿O lo ahorcamos aquí mismo con esta cuerda?

—Ahórcalo. Luego entregaremos su cuerpo al *sheriff*. Eso será un mérito para todos nosotros.

Sugar desciñó la cuerda del tobillo de Larry y la pasó por encima de una de las vigas del techo. Sandra estaba temblorosa, excitada. Nunca había visto ahorcar a un hombre. Y ahora sus facciones se habían contraído en una mueca de diabólico placer.

—Dejad que se recupere —exigió—. Así no vale la pena.

Rodes asintió:

—Sí, dejadlo.

Los dos hombres ciñeron la cuerda al cuello de Larry y lo dejaron sentado sobre una silla. Sugar quedó detrás, dispuesto a tirar en cuanto se recuperase. Sam Rodes y Sandra se sentaron ante la mesa, en el lugar que antes ocupaban, y se dispusieron a presenciar cómodamente todo aquello, como el que tiene delante un entretenido espectáculo.

—Ya despierta —anunció Sugar.

—Déjale que se dé cuenta —pidió Rodes—. No tires en seguida. Como ha dicho Sandra, no valdría la pena.

Larry echó la cabeza hacia atrás. Le habían propinado tantos golpes en los ojos que no podía abrirlos. Al fin hizo un esfuerzo y

miró a su alrededor.

Sandra, burlonamente, le envió un beso con la punta de los dedos.

—¡Adiós!

Sam Rodes, con una carcajada, le lanzó a la cara una copa de licor. Luego, gritó:

—¡Ahora!

Sugar Jones fue a tirar de la cuerda. Lo estaba deseando. Sus músculos se contrajeron, y entonces Larry, que había notado en su cuello la presión de la soga, se movió con una fantástica rapidez.

Lo primero que hizo fue llevarse las dos manos al cuello y apretar la cuerda para que no le estrangulara. Luego se puso en pie y saltó hacia delante. Sólo podía confiar en sus piernas, como armas ofensivas. ¡Pero qué armas resultaron!

Las lanzó hacia delante, y sus botas dieron en el pecho de Sam Rodes. El ranchero lanzó una maldición, mientras caía hacia atrás y rodaba por tierra. Sus manos palmoteaban inútilmente las tablas del suelo, mientras gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Tira! ¡Tira de una vez!

Sugar Jones tiraba, pero aquello era precisamente lo que parecía estar deseando Larry. Sujetando febrilmente la cuerda para que no se ciñera a su cuello, empleó su cuerpo como contrapeso y trazó en el aire movimientos de péndulo. En uno de ellos volvió a alcanzar a Sam Rodes, que ya se había puesto en pie. El ranchero cayó otra vez, y su sarta de salvajes maldiciones debió oírse ahora en medio Estado de Kansas.

Sugar Jones gritó a su compañero:

—¡Ayúdame, condenado!

El solo no podía sostener la cuerda, a la que Larry imprimía con sus movimientos un diabólico balanceo. Las manos le ardían de tanto tirar y sentir cómo el cáñamo resbalaba entre sus dedos. Cuando su compañero fue a ayudarle, él ya había tenido que soltar la cuerda. Larry salió disparado contra la pared del fondo, y la presión del dogal en torno a su cuello se aflojó instantáneamente.

Un segundo después Larry ya se había librado de la cuerda, pasándola por encima de su cabeza. Pero estaba desarmado frente a tres enemigos que empuñaban ya sus armas.

Sam Rodes rugió:

—¡Acribilladle!

Larry Custer supo que iba a morir, y su única reacción fue una sonrisa. Cualquiera hubiese dicho que aquélla era una sonrisa alegre. Después de tantos esfuerzos por librarse de la muerte, iba a ser cazado ahora. Pero Larry, la primera vez que empuñó un revólver, había aprendido ya que hay que saber perder.

Sam Rodes, a quien por lo visto dejaban el honor de matarle, levantó el revólver, y sonó una detonación.

Pero no era el ranchero quien había disparado.

Alguien, desde fuera, a través de la ventana, había hecho fuego con más rapidez aún. Y la única lámpara de petróleo que alumbraba el local, saltó hecha pedazos.

Rodes debió tener un sobresalto, a pesar de que hizo fuego con la máxima rapidez. Pero su pulso ya estaba desafinado, y Larry había movido la cabeza con una velocidad vertiginosa. La bala se estrelló contra la pared del fondo.

A oscuras, el tumulto que se produjo fue inenarrable. Nuevos disparos se sucedieron desde la ventana, y las balas dibujaron en las tinieblas sus trayectorias de muerte. Todos, incluso Larry, creyeron que un grupo de atacantes estaba a punto de entrar en la casa. Se oyó la voz de Sam Rodes que gritaba como un loco.

—¡Por la otra puerta! ¡Pronto! ¡Pronto!

Larry vio una puerta que se abría y se cerraba en breves segundos, y vio también el vestido blanco de Sandra. Cuatro figuras se movieron en el levísimo rectángulo de luz de aquella puerta, mientras salían de la casa. Si hubiese tenido un arma al alcance de su mano, Larry hubiera podido despachar a más de uno. Pero así tuvo que resignarse a verlos escapar sin poder impedirlo.

Un gran silencio se hizo a continuación. Los fugitivos debían haber tenido que escapar a pie, porque no se escuchaba siquiera ni el ruido de los cascos de los caballos. Larry se levantó y trató de orientarse en la oscuridad. Se dijo si no le convendría también salir huyendo. Al fin y al cabo, los que estaban fuera podían ser los hombres del *sheriff*.

Se dirigió poco a poco hacia la puerta por la que poco antes entrara, dispuesto a salir de dudas. No intentó escapar al fin, porque se sentía demasiado débil. Y sería inútil intentar huir a pie, si sus perseguidores disponían de caballos.

Abrió la puerta. Una voz ordenó:

—Quieto.

Larry tuvo un sobresalto al reconocer aquella voz. No fue de miedo, sino de sorpresa. Porque era la voz de Marian.

—¿Por qué no disparas de una vez? —masculló—. ¿Por qué no terminas ahora lo que empezaste la otra noche, en la celda de los condenados a muerte?

Marian, que estaba pegada a un lado de la puerta, se mostró a sus ojos. La incierta luz de la luna arrancó destellos de sus ojos oscuros, donde parecía latir una promesa o una amenaza.

—¿No disparas? —preguntó Larry—. ¿No me has salvado para tener la satisfación de matarme tú misma?

—Te he salvado porque ésa era una muerte miserable y oscura. Y porque tú no mereces que te sacrifiquen como a un caballo herido. ¿Qué vas hacer ahora? ¿Obligarme a que camine hasta la ciudad y entregarme al *sheriff*?

—No voy a entregarte al *sheriff* porque mi padre lo sabría —replicó Marian con voz sorda—. Y no es necesario que mi padre conozca nuestro odio.

Larry Custer se aproximó dos pasos a la mujer, que empuñaba firmemente el revólver.

—¿Por qué este odio, Marian? ¿Qué ha ocurrido entre nosotros?

—¿Y lo preguntas? ¿Acaso ignoras que te he amado desde que era una niña? ¿No sabes que durante años y años has sido el único amor de mi vida, la única razón de mi existencia? Pero nunca he obtenido de ti más que desprecio e indiferencia, Larry Custer. Nunca he obtenido de tus ojos más que una mirada lejana de compasión. El único amor de tu vida lo han constituido tus revólveres, tu caballo, la salvaje libertad de la pradera. Hace dos años cometí la torpeza de decirte que te amaba y tu respuesta fue marchar de Kansas. Ni una explicación, ni una palabra, ni una mirada tan sólo. Nada. Yo no he sido para ti más que un objeto. Pero las mujeres, Larry, damos la vida y también la muerte a veces. Yo te he dado ambas cosas en el espacio de pocas horas. Espero que cuando te marches de Kansas otra vez recuerdes que Marian Lender te amó… ¡y luego te odió! ¡Que te odiará mientras viva!

Bajó el revólver y volvió la espalda, disponiéndose a marchar. Larry llamó en voz baja:

—Marian…

Vio dos caballos entre las sombras, y uno de ellos era el suyo. La muchacha le dio un golpecito en las ancas para que fuera hacia él.

—Adiviné que algo te había sucedido cuando vi el caballo solo —dijo ella—. No fue difícil seguir el rastro fresco de algunas monturas, y llegué hasta aquí. No sé si alegrarme de haber sido tan oportuna, Larry. ¡Hasta nunca!

Montó de un ágil salto y se dispuso a emprender el galope. Pero en aquel momento Larry hizo algo que, como todo lo que él hacía, nadie esperaba. Se lanzó en un fantástico salto sobre la muchacha y los dos rodaron sobre la hierba, confundidos en un abrazo. La muchacha masculló:

—¡Maldito!

En aquel momento se oyó el primer crepitar de un rifle, la bala picoteó la hierba, junto a ellos.

Larry apremió:

—¡Tu revólver, pronto!

Tiraban desde unas rocas situadas cerca del camino, y lo hacían con rifles de calibre pesado. Desde luego, los tiradores eran más de uno. La muchacha se revolvió nerviosa, queriendo ser ella la que disparara. Larry Custer tuvo que arrebatarle el arma de un seco manotazo.

Los tiradores se habían abierto en abanico, sabiendo que los tenían cercados. Por los fogonazos, adivinó ahora Larry que eran tres. El más peligroso era el de la izquierda, que pretendía situarse a su espalda. Larry esperó a que disparara otra vez y luego hizo fuego, guiándose por el resplandor del fogonazo. Un gemido ahogado resonó en aquella dirección.

—No le he dado —silbó Larry—. No he podido darle. Pretende desorientarme.

El tirador, creyendo haber conseguido su propósito, se movió ahora con más libertad. Por una fracción de segundo su silueta se recortó a la luz incierta de la luna. Y entonces, Larry disparó otra vez, sabiendo ahora que su bala daría en el blanco. El hombre pareció tropezar con una piedra invisible, se puso casi completamente en pie y cayó rodando hasta el camino. Inmediatamente, Larry dio un empujón a Marian y él giró dos veces sobre sí mismo, dejando vacío el lugar que antes ocupaba.

Guiándose por el fogonazo, los otros dos tiradores harían fuego inmediatamente. Y, en efecto, dos balas segaron la hierba, junto a ellos.

Larry respondió, tirando dos veces al azar. Sus enemigos se replegaron inmediatamente. El ser sólo dos no les convenía, una vez fallada la sorpresa. Y pocos segundos después se oía en la llanura un rabioso trotar de caballos.

Larry se puso en pie.

—¡Has sido un loco al disparar! —musitó Marian—. ¡Podrían ser los hombres del *sheriff*!

—Los hombres del *sheriff* no hubieran disparado contra ti y ésos iban a matarte. Quédate aquí, sin moverte, mientras yo miro quién era ese otro.

Se acercó al caído sin guardar demasiadas precauciones. Estaba seguro de que aquel hombre había muerto. Y, en efecto, vio que había una mancha de sangre en su camisa, a la altura del corazón. Cuando la luna surgió de nuevo por entre unos nubarrones, le miró el rostro. No lo conocía. Pero desde luego no era un alguacil, ni tenía nada que ver con el *sheriff*.

Marian se acercó, poco a poco.

—¿Lo conocías? —preguntó él.

—Sí, le había visto algunas veces, en la ciudad. No tenía profesión fija. Algunos decían de él que era un pistolero a sueldo.

—¿Para quién había trabajado últimamente?

—No lo sé.

Larry, sin decir una palabra más, despojó al muerto de sus dos cintos canana y se los ciñó él con movimientos de verdadero experto. Marian le miraba hacer en silencio.

—¿Qué pretendes? ¿Qué vas hacer ahora?

—Averiguar quiénes eran los tipos que querían acabar con nosotros.

—No lo conseguirás —aseguró ella con los ojos brillantes—. Kansas es una tierra maldita para ti, Larry. ¡Huye de ella y busca la fortuna en otra parte! ¡Aún estás a tiempo! ¡Aún estás a tiempo si no te empeñas en permanecer en un lugar donde todo el mundo es enemigo tuyo!

—Está el problema de tu padre —objetó Larry, alargando las palabras—. El me salvó.

—Y yo te condené. Valga una cosa por la otra. ¡Olvídanos y empieza de nuevo en otra tierra!

—Hay cosas que no pueden olvidarse, Marian.

Ella creyó que se refería a su traición. Creyó que se refería al odio que los separaba.

—Si tienes algo contra mí, ahora puedes matarme tranquilamente, Larry Custer —retó—.'Nadie nos ve. Y cualquiera que encontrase mi cadáver creería que han sido los compañeros de ese muerto.

—Al decir que hay cosas que no pueden olvidarse, Marian, no me refería a nuestro odio. Me refería a ti, a tus labios, a tus ojos. Me refería al misterio de tu vida, sola en la inmensidad de la llanura viendo pasar a los hombres, a ninguno de los cuales dirigías una sonrisa. Tú, la inaccesible, la altiva, eres pura llama de pasión. Y es eso lo que no podré olvidar nunca, Marian. Ni tu pasión ni a ti. Nunca.

Los rayos inciertos de la luna le hicieron ver que ella estaba temblando. Entonces la estrujó entre sus brazos fuertes, poderosos, recios. La estrujó como si fuese su prisionera, su víctima. Y sus labios buscaron los de la mujer, que primero se resistió como una gacela joven y luego terminó cediendo.

Larry la soltó al cabo de un instante. Los dos quedaron quietos, uno frente al otro, sintiendo que acababan de hacer algo que marcaría para siempre el resto de sus vidas.

—¿Te marchas ahora? —suspiró ella.

—No. Ahora es cuando empieza mi trabajo. Voy a ver a dos rancheros: Sam Rodes y Nathaniel Fox.

CAPÍTULO VII

DOS REVÓLVERES EN KANSAS

Larry Custer tardó un día entero en reponerse de los devastadores efectos de la pelea sostenida contra Sam Rodes y sus hombres. Durante esas veinticuatro horas nadie supo dónde se había ocultado. El *sheriff* que se enteró de lo cerca que lo había tenido, repasó la población de punta a punta en la esperanza de dar con él. Mientras tanto, Larrigan no fue ahorcado, esperando que declarase. Y Custer se perdió en la pradera como podía haberse perdido en un laberinto que sólo él conociera.

Reapareció un día después enfrente del Sandra Ranch, que era el rancho de Nathaniel Fox y al que éste había puesto el nombre de su hija.

Llevaba dos revólveres y el rifle en bandolera. Atravesó tranquilamente bajo el cartelón de entrada y se dirigió hacia el edificio principal. Cuatro hombres que estaban sentados en la valla de un apartadero para los potros, se enderezaron al verle acercarse.

—Ese tipo…, pero ¿cómo se atreve?

—¿Habrá olvidado que es un condenado a muerte?

—Pues lo que es yo le dejo sin agallas en seguida. Ahora veréis lo que se hace con esa clase de buitres.

El que había hablado así era un tipo joven, alto y presumido, que aspiraba a convertirse en el favorito del patrón y llegar a casarse con Sandra. Extrajo un revólver y apuntó al, recién venido.

—¡Eh, tú, detente!

Larry se detuvo. Notó que desde la ventana, a unas veinticinco yardas de distancia, Nathaniel Fox y su hija eran testigos de la

escena.

—He venido a hablar con el patrón. Mis intenciones son pacíficas. No pretendo afeitar el bigote a nadie ni incendiar el rancho.

—¿No, eh? Empieza por descender del caballo y seguir tu camino a pie.

Los otros cow-boys enderezaron el cuello, excitados, para ver si Larry obedecía. Éste no se inmutó en lo más mínimo. Lo único que hizo fue entrecerrar los ojos un poco.

—¡Baja o te destrozaré los dientes de un balazo!

—Puede que sí, puede que no, como en las adivinanzas.

El cow-boy, ciego de ira, levantó el revólver un poco más e hizo fuego. O creyó que lo hacía. Porque el revólver estalló en el aire, entre mil chispas diminutas, y un trazo encarnado, una rozadura de bala, se marcó en su mano derecha. Larry había disparado con el rifle, sin apuntar, sólo cambiando un poco la postura en que lo sostenía. Los otros tres vaqueros lanzaron un alarido y sacaron sus revólveres con expresión de rabia. Ninguno de los tres llegó a usarlo. El «30-30» de Larry crepitó como un cercano trueno, y tres armas saltaron al aire sin que sus dueños sufrieran más que una leve rozadura en sus manos. Un triple alarido de sorpresa se elevó en el aire. Y uno de los hombres tuvo tal crispación que cayó hacia atrás, dentro del apartadero de los potros.

Los otros desenfundaron su segundo revólver. Pero Nathaniel Fox, desde la veranda, gritó:

—¡Basta! ¡Dejadle!

—Con mucho gusto —gruñó uno de los vaqueros—. ¡Diablo! ¡Es él quien nos deja!

Al trote corto, Larry se acercó al edificio. Sandra estaba roja como una amapola, y su pecho subía y bajaba agitadamente.

—¿Qué quiere usted? —Gruñó Fox—. ¿Qué busca en mi rancho un fugitivo de la horca?

—Quiero hablar con usted… a solas.

—¿Para qué?

—Eso se lo diré cuando estemos en su despacho.

Fox hizo un gesto impreciso con la mano derecha.

—Está bien. Ponga pie a tierra y pase. Pero si busca dinero o quiere hacerse el guapo con nosotros, le juro que está perdiendo el tiempo. Cualquiera de mis hombres irá en busca del *sheriff*.

—Lo doy por descontado. Por eso mismo trataré de ser breve.

Pasó junto a Sandra, sin dirigirle una mirada, aunque notó que ella se mordía los labios hasta hacerse sangre. Fox le hizo sentar en su despacho, que tenía buenos muebles comprados en Dodge.

—¿Un cigarro? —ofreció.

—Gracias. Desde que me dieron el que había de ser el último, poco antes de la horca, ya no he vuelto a fumar más.

—A su gusto. ¿Qué quiere? ¿Qué busca aquí?

Larry había venido a decir una mentira y a estudiar el efecto que esa mentira producía en las facciones del ranchero.

Dio a su voz un tono natural al preguntar:

—¿Por qué propagó usted la epidemia entre los rebaños de su vecino Richard Lender, señor Fox?

—¿Que yo propagué…? ¿Está loco?

Larry torció los labios en una leve mueca. El ranchero, a pesar de su fingido asombro, esperaba aquella pregunta. Larry conocía a los hombres lo bastante bien para saberlo. Fox incluso había sentido un cierto alivio al oírsela, porque así ya estaban las posiciones bien delimitadas desde el primer momento.

—Su postura es muy poco clara, señor Fox. Tan poco clara que no me extrañaría que todo eso acarreara graves consecuencias.

—¿Pero es usted quien se atreve a hablar así? ¿Usted, un condenado a muerte?

—Un condenado a muerte por asalto a las oficinas del Banco. Hartman. Exacto. Pero no se olvide que ahora estoy libre y que tengo armas en mis manos. Olvide lo de la condena… al menos hasta que el *sheriff* vuelva a echarme el guante.

—¿Es que ha tomado usted el partido de Lender? ¿Es que ese rufián se ha atrevido a contratarle?

—¡Oh, no! —rió Larry—. Cuando un hombre escapa de la horca, es para convertirse en su propio empresario. No trabajo para nadie.

—Quizá trabajaría para mí… —sugirió Fox, enseñando los

dientes.

Y Larry no pudo menos de pensar que Fox, en inglés, significa zorro.

Se puso en pie.

—Acabo de decirle que no trabajo para nadie, salvo para mí mismo. Mi única intención ha sido advertirle. Y decirle que vería con mucho gusto el que retirase su oferta de compra sobre los terrenos de Lender. He sabido, por esas cosas que se oyen a veces, que va usted comprando todas las hipotecas y préstamos con garantía con que el viejo se ha enredado en los últimos tiempos. Más vale que no lo haga.

—¡Eso a usted no le importa!

—De acuerdo, señor Fox. A partir de este momento dejará de importarme. Pero le aconsejo que también deje de importarle a usted.

Dio media vuelta y salió. Por la expresión recelosa de los que estaban en el porche, adivinó que alguien había ido en busca del *sheriff*. Pero nadie se había atrevido a tocar su caballo.

Sandra aún estaba allí, y le miraba con los ojos llameantes.

—Llevas un hermoso vestido —sonrió él—. El color cuerda, te sienta bien. Es muy adecuado a tu personalidad.

Montó tranquilamente, sin denotar el menor nerviosismo, a pesar de que podían estar apuntándole desde alguna de las ventanas, y al trote corto se alejó del rancho. Los cuatro tipos contra los que disparara antes ya no estaban en la valla.

Una tempestad rugía ahora en los pensamientos de Larry Custer. Había lanzado sus palabras al azar, con el único objeto de espantar la caza, y había hecho un blanco que no esperaba. Ahora tenía que hacer lo mismo con Sam Rodes y esperar sencillamente los acontecimientos. Esos acontecimientos consistían en una sola cosa: Alguien trataría de acabar con él por saber demasiado, por entrometido, por… ¡por una montaña de cosas! Y lo único que haría falta era saber quién ponía más interés en la cacería, si Sam Rodes o Nathaniel Fox. Eso le señalaría cuál de los dos era el jefe, el cerebro director. Porque evidentemente ambos rancheros estaban de acuerdo.

Larry se había puesto voluntariamente en el lugar del cabritillo prisionero que espera en la trampa a que llegue un león. Sólo que

por esta vez el cabritillo sabía manejar revólveres.

No necesitó ir al rancho de Sam Rodes para encontrarlo. Con la mandíbula vendada y los ojos amoratados, el ranchero estaba ocupado en revisar una pequeña punta de ganado en compañía de dos hombres. Uno de esos hombres era Sugar Jones, quien por lo visto había cambiado de equipo.

—Quería hablarle, Rodes.

Los tres hombres llevaron las manos a la culata al verle aparecer. En los ojos de cada uno brilló una chispita negra.

—¿Qué quieres tú, condenado coyote?

—Ya se lo he dicho, Rodes. Hablarle.

—Tú y yo sólo tenemos un lenguaje para poder entendernos. ¡Acribilladle, muchachos!

Sugar y el otro sacaron a la vez. Larry tenía con Sugar una cuenta pendiente, y se juró que para él sería la primera bala. Hizo un suave movimiento con la cadera y el «45» de su derecha salió a la luz con una velocidad centelleante. La bala se le clavó a Sugar muy cerca de los ojos, destrozándole la cabeza. La segunda bala de Larry fue para el otro pistolero, pero esta vez no tiró a matar. Se limitó a herir a su enemigo en la clavícula. Al fin y al cabo, debía ser un hombre que cobraba por proteger a un cerdo como Rodes.

Sam Rodes quedó indefenso frente a Larry Custer. Había querido ser rápido sacando, pero el hombre que tenía enfrente era un verdadero rayo, y cuando el ranchero tiraba de la culata, Larry le apuntaba ya después de haber matado a un hombre e inutilizado a otro.

—He dicho que quería hablarle, y prefiero que sea por las buenas. Pero póngase tonto otra vez y le vaciaré el resto del cilindro en la cabeza.

Rodes no se puso tonto.

—¿Qué quiere de mí un fugitivo de la horca?

—Saber por qué propagó la epidemia entre las reses de Lender. Saber por qué quiso terminar de arruinarlo.

Rodes fue más explícito que Nathaniel Fox.

—La ruina de mis vecinos me conviene. Así tengo la posibilidad de comprar las tierras de Lender a bajo precio. Pero yo no he propagado ninguna epidemia entre sus rebaños, y me guardaría mucho de hacerlo.

—Porque un hecho de esta clase, si se consigue probarlo, está castigado por muchos años de cárcel ¿no es cierto?

—Es curioso que un tipo como usted hable de cárcel, Custer.

—Con más razón que otros, porque la conozco.

—Termine de soltar lo que tiene entre labios. Me está haciendo perder el tiempo.

—Lo que tengo entre labios es esto: No trate de comprar el rancho Lender. Y otra cosa: Si algún día quiere divertirse ahorcando a un hombre, llame antes al *sheriff*. El hará las cosas de forma más legal.

—No se ha sacado aún la espina, ¿eh, Custer? ¿Quién le ayudó?

—Me he sacado ya la espina —replicó Larry, señalando el cadáver de Sugar Jones con un movimiento de cabeza.

Tiró dos veces, sin mover apenas el revólver, y los dos «Colt» que Rodes llevaba colgados sobre sus caderas saltaron destrozados en sus fundas. El ranchero tuvo un estremecimiento. Larry dijo:

—De este modo me siento más tranquilo. Hay bichos a quienes gusta picar por la espalda.

Hizo un saludo con el brazo izquierdo y partió al trote largo. No habían transcurrido aún un par de minutos desde que dejó atrás al ranchero y a su cómplice herido, cuando una voz le llamó:

—¡Señor Custer!

Larry miró a ambos lados. Los altos tallos de hierba casi hubieran podido ocultar a un hombre. Al fin vio a quien le hablaba, un tipo grueso y completamente vestido de negro que fumaba un enorme cigarro mientras paseaba por la pradera. Le reconoció en seguida: Era Kendall.

—¿Qué hace por aquí, señor Kendall? —preguntó Larry con expresión amistosa.

—Doy uno de mis acostumbrados paseos.

—¿A pie?

—Sí. Montó muy mal a caballo. Desde aquí acabo de ver lo que ha ocurrido con Sam Rodes y debo asegurarle que no me gusta nada, señor Custer.

—¿Por qué?

El tono y la expresión del joven no eran bruscos, sino más bien cordiales y amistosos.

—Creí que quería usted formar parte de nuestra Asociación. Creí

que acabaría usted desterrando de su vida toda idea de violencia. ¡Y ya ve! Se marchó mucho antes de que yo terminara mi charla.

Larry no se entretuvo en contar los motivos por los cuales se había marchado de allí. En realidad, tenía mucha prisa, y aquel hombre no hacía más que molestarle con sus preguntas. Sólo le contestaba porque las razones de Kendall parecían ser honestas y pacíficas siempre.

—¿Cree de verdad que aquí se puede vivir pacíficamente? —subrayó.

—Véame a mí mismo. Soy un hombre rico. No un potentado, desde luego, pero tengo bienes que otros codician. Y sin embargo, no he tenido nunca que usar las armas ni para conseguir esos bienes ni para defenderlos. Usted podría hacer lo mismo.

—¿Lleva Usted mucho tiempo aquí, señor Kendall?

—Un año.

—¿Y en un año ha conseguido bienes lo bastante importantes para que los codicien los otros? ¿Los ha conseguido en Kansas, un estado viejo y donde todo está repartido ya?

—No puedo negar que he tenido algo de suerte —arguyó Kendall, ruborizándose un poco.

—Usted vive de otra manera —sonrió el joven—. ¿Pero cree de veras que los hombres del *sheriff* me permitirán a mí observar una conducta pacífica? ¿Qué le parece?

—El *sheriff* ha buscado refuerzos —notificó Kendall—. Hasta ahora le ha salvado a usted su propia audacia, porque hemos de convenir en que el representante de la Ley esperaba cualquier cosa menos saber que lo tenía en sus propias narices. Pero ahora ha buscado nuevos agentes y hará acordonar esta zona. Desde luego le cazará, y yo creo que sólo tiene usted un camino a seguir, señor Custer.

—¿Cuál?

—Entréguese. Es seguro que un gesto así por su parte interesaría al mismo gobernador. Y entra en lo posible que le concedieran el perdón, ya que es usted un hombre de valía.

—Creo que necesita usted más de un año para saber lo que es Kansas, señor Kendall —opinó Larry—. Pero de todos modos agradezco su consejo, y es posible que lo siga.

Hizo un saludo con el brazo y siguió al trote largo. Pero antes de

alejarse mucho, oyó todavía la voz de Kendall:

—¡Vuelva algún día por allí, señor Custer! ¡Preparamos un hermoso ciclo de conferencias sobre la abolición del uso del revólver!

Larry puso ahora su caballo al galope, sin volver la cabeza. No sabía cómo calificar a aquel hombre. Pero había tantas cosas en los últimos tiempos que no sabía cómo calificar, que lo de Kendall carecía de importancia. Otra vez una tempestad de pensamientos rugía en su cráneo.

Caminaba al azar por la pradera, sin saber a dónde dirigirse, cuando vio a gran distancia un jinete que cortaba su camino, dirigiéndose rectamente a la ciudad. Aquel jinete le pareció a Larry Custer una mujer. Excitó su caballo y se lanzó a un furioso galope.

Al estar más cerca, lo reconoció. Aquel jinete, en efecto, era una mujer. Era Marian.

Ella se detuvo y le dejó acercarse, aunque Larry notaba que su mano derecha estaba tensa a la altura del revólver.

—Marian, ¿qué ocurre? ¿A dónde vas?

—Voy a la ciudad.

—Es extraño que vayas tú sola, sin la compañía de algún hombre del rancho. ¿Qué es lo que sucede allí?

Marian le mostró los dientes en una mueca que quiso estar cargada de ironía, pero que en realidad fue cansada y triste.

—Esta mañana —dijo lentamente—, ahorcan por fin a Larrigan.

CAPÍTULO VIII

UN HOMBRE ANTE LA CUERDA

Larrigan no iba a ser ejecutado en Fort Sullivan, sino en pleno campo en las afueras de la ciudad. El comandante del fuerte, después de los sucesos que culminaron con la fuga de Custer, se había negado a prestar ninguna clase de ayuda a la justicia que no fuera estrictamente militar. Y, por lo tanto, Larrigan había sido cambiado de prisión, con toda clase de precauciones, y ahora iba a ser colgado ante una nutrida concurrencia.

Eran siete u ocho los agentes que vigilaban el acto de la sentencia. Cerca de doscientas personas se apelotonaban entorno al árbol. Desde una colina lejana, situada a unas quinientas yardas, Larry y Marian lo presenciaron todo.

Larrigan acababa de ser transportado al lugar del suplicio, y el *sheriff* le acababa de dejar libres los pies, aflojando al mismo tiempo las ligaduras de sus muñecas. Desde aquella distancia de quinientas yardas, Custer, con las facciones contraídas, contemplaba la escena.

—¿Como lo supiste? —preguntó a Marian, que estaba a su lado y se retorcía los dedos sobre la silla.

—Lo dijo uno de los vaqueros. Acababa de llegar de la ciudad, donde lo supo.

Hubo un instante de silencio. Al fin, Marian silbó:

—Tan culpable eres tú como él. Ahora deberían ahorcaros a los dos.

—Es cierto. Fuimos cinco los asaltantes del Banco, y sólo Larrigan y yo quedamos con vida. Pssee… ¡Para lo que sirvió luego el haber escapado de aquello! Estoy seguro de que Larrigan, antes

que esto, hubiera preferido un buen balazo entre las cejas.

—Es posible. ¿Pero quién os envió a aquella empresa suicida, Larry? ¿Quién os envió a aquel matadero?

—¿Quieres decir que quién era nuestro jefe?

—Sí.

—No lo sé —musitó él—. Sólo Larrigan podría decirlo. Larrigan era el que estaba en contacto con el jefe, y los demás éramos… —sonrió—. ¿Cómo podría decírtelo? Los demás éramos simples instrumentos.

—Instrumentos dóciles en manos de una persona poco inteligente —opinó Marian—. Vuestro misterioso jefe no tenía demasiada cabeza para pensar. El asalto al Banco, tal como estaba planeado, resultó un fracaso.

—El éxito o el fracaso dependen a veces de simples casualidades —objetó Larry en voz baja—, y en esto medió una casualidad decisiva. El *sheriff*, que aquel día tenía que haber estado ausente de la ciudad, se presentó en ella con cinco hombres para invitarles a beber, pero, aparte de eso, el jefe de quien estamos hablando no es tonto. Hasta ahora nadie sospecha de él, aunque sus hombres mueran. Larrigan, en trance de ser ahorcado, no ha dicho una sola palabra aún. Y esa banda que fue deshecha en el asalto al Banco era el día antes la más importante de Kansas.

—Parece como si sintieras admiración por ese jefe —indicó Marian—. ¿Y es posible que no sospeches quién es?

—¿Quieres serlo tú?

Las fracciones de la muchacha sufrieron como una crispación, aunque se repuso enseguida.

—Sería muy hermoso —comentó—. Tú admirándome sin sospecharlo yo siquiera.

Se interrumpió, porque en ese momento iba a comenzar la ejecución. Un ayudante del *sheriff* había ceñido la soga al cuello del condenado. Un movimiento de expectación se produjo entre la muchedumbre.

Larry alzó su
«30-30»,
graduó cuidadosamente el punto de mira ante sus ojos y acarició el gatillo con el dedo índice.

—¿Qué vas a hacer, loco?

—Tratar de salvar a Larrigan.

—¿Pero qué dices? ¡Es imposible!

—Sólo son imposibles las cosas que no se intentan. Voy a contener la respiración y hacer cuatro disparos con una desviación de medio grado. Ahora es necesario que la cuerda no se mueva y continúe tensa. Puede que alguna de las cuatro balas la encuentre en su camino.

Marian estaba tan pálida que no podía ni siquiera hablar. En contra de su voluntad admiró la maravillosa calma con que Larry ejecutaba sus movimientos, igual que una perfecta máquina guiada por un aparato de relojería. El «30-30» parecía como una prolongación de su cuerpo. Y de repente, Larry contuvo la respiración y empezó a disparar con una velocidad frenética. Sólo el oído experto de Marian pudo distinguir cuatro disparos. Una persona poco acostumbrada hubiese creído que era uno solo, reproducido por el eco. Se produjo un tumulto entre la muchedumbre, pero la cuerda que ambos veían a aquella distancia con la delgadez de un cabello, permaneció rígida y tensa. Se vio al ayudante del *sheriff* que iba a tirar inmediatamente de ella.

Larry, apretó los dientes, que produjeron como un chasquido, y desvió ligeramente el rifle un cuarto de grado a la derecha. Sus últimas balas saltaron al aire. Y entonces se acentuó el tumulto entre la muchedumbre, y la cuerda se rompió en dos pedazos.

Larrigan, allá abajo, entre los agentes del *sheriff* que no salían de su asombro y por en medio de una multitud aterrorizada, obró con una velocidad increíble, frenética. Un solo tirón le bastó para librarse de las flojas ligaduras de sus manos. Con un quiebro de cintura esquivó la acometida de uno de los alguaciles. Y luego se perdió entre la muchedumbre, sabiendo que ahí estaba su única posibilidad de salvación. Ni el *sheriff* ni sus hombres se atreverían a disparar sabiendo que podían causar víctimas inocentes. Algunos de los espectadores trataron de sujetarle, pero Larrigan era como una especie de toro furioso que lo arrollaba todo a su paso. Cuando se despegó del gentío, Custer, que había recargado tranquilamente su rifle, empezó a hacer fuego de cobertura, sin tocar a nadie. Todos los que iban a salir en persecución de Larrigan tuvieron que volver grupas y lanzarse a tierra, o bien protegerse tras los árboles y entre

las rocas.

—Custer, que había agotado seis nuevas balas, recargó el cilindro de su rifle e hizo una señal a Marian.

—Vámonos de aquí. Ahora ya está algo lejos, y podrá escapar si es un poco listo.

—¿Pero te das cuenta de lo que acabas de hacer, Larry? —susurró la muchacha.

Sus labios temblaban, todo su cuerpo parecía palpitar.

—Sí, me doy cuenta de lo que he hecho: salvar a un perro rabioso. Pero tú querías verle vivo, ¿no es cierto? Tú querías saber que él, tu fiel adorador, seguía existiendo…

—¡Nada me importaba salvo tú! —gritó ella, apretando los puños—. ¡Nada, nada me importaba con excepción de tú mismo! ¿Es que no te das cuenta? ¿Es que no sabes que el amor, cuanto más intenso y desesperado es, más cerca está del odio y de la muerte?

Se retorcía las manos, y en sus labios temblaba el deseo, la pasión, todo. El mundo entero, pensó Larry silenciosamente, parecía palpitar en aquellos labios.

—¡Yo sólo te amaba a ti, Larry, pero la indiferencia que me mostrabas me hizo llegar a desear la locura de tu muerte! ¡Te lo hubiera dado todo, todo, con tal de obtener una sola mirada de tus ojos! ¡Pero las miradas que obtuve siempre fueron lejanas e indiferentes, como si mirases a una estrella que apenas tuviese brillo! Y eso, Larry, a lo largo del tiempo, me hizo odiarte. ¡Pero en todo momento mi odio ha sido mentira, la mentira de mi vida! ¡Porque yo te quiero, te quiero, te quiero!

Estaba llorando. En sus ojos anegados por las lágrimas se recortaba la imagen quieta y silenciosa del hombre. Y de repente, Larry fue hacia ella, al trote suave de su caballo, y sin descabalgar ni permitir que ella lo hiciese, la estrechó en sus brazos.

—Más vale que nos olvidemos de todo, muchacha.

Más vale que te olvides de mí y del maldito momento en que nos conocimos.

—¡Huyamos, Larry, huyamos a otra tierra!

La expresión de Marian era ansiosa, temblaba su voz.

—Tengo que quedarme aquí, Marian. No sólo por mí, sino por otras personas. He de quedarme y algún día lo comprenderás.

—Yo sólo comprendo que vas a morir. Y que cuando tú mueras

todo habrá terminado para mí, Larry. Pero dime una sola palabra y te demostraré que no me importa morir a tu lado.

Una bala picoteó en las rocas, junto a ellos. Sus siluetas debían ser visibles desde el lugar de la ejecución, y ahora los agentes del *sheriff* tiraban con rifle sobre la colina. Larry Custer espoleó su montura y se hizo acompañar por el caballo de la muchacha. Un instante después habían desaparecido del campo visual de sus perseguidores y descendían al galope por el otro lado de la colina.

—¿Nos habrán reconocido? —preguntó Marian.

—No lo creo. No han tenido tiempo de fijarse bien. Pero por si acaso, ve al rancho, cámbiate de ropa y haz que sequen inmediatamente el sudor de este caballo.

—¿Y tú?

—Yo trataré de encontrar a Larrigan.

—¿Para qué? ¿Para rehacer la banda? ¿Qué clase de locura estás pensando hacer?

—Puede que, en efecto, convenga rehacer esa banda —insinuó Larry.

—No te entiendo.

—Yo, sí.

—¡Oh, Larry! ¡Siempre estás hablando como si tu vida estuviese llena de misterios! ¡Como si todos los que te rodeáramos fuésemos sospechosos de algo!

—¿Y quién es más sospechoso que yo? —sonrió él—. Un condenado a la horca.

No hablaron durante unos minutos, poniendo todo su interés en aumentar la velocidad de sus caballos y enfilar las pequeñas zonas cubiertas que ofrecía la pradera, a fin de que sus perseguidores no les distinguiesen. Quince minutos después habían llegado a la vista de Rancho Lender.

—Recuerda lo que te he dicho —gritó Larry, haciendo un gesto para separarse—. Cámbiate de ropa y haz que ese caballo no presente la menor huella de sudor. Vendré a veros apenas me sea posible.

Marian nada dijo. Se le quedó mirando con una mirada extraña, perdida, errante. Con la sensación de que nunca más lo volvería a ver.

En la veranda del rancho había alguien que no pertenecía al

equipo. Era un hombre alto, desgarbado, cargado de espaldas. Marian se fijó en él, mientras se acercaba, y tuvo un estremecimiento al reconocer a Josiah.

El se aproximó también, y detuvo el movimiento del caballo con un suave golpe en el hocico del animal.

—¿Qué has venido a hacer? —preguntó Marian, todavía palpitante por la cabalgata—. ¿Es que has venido ya a hablar con mi padre acerca de nuestro matrimonio?

Los ojos del hombre la recorrían lentamente y la ensuciaban, como un reptil ensucia las mejores sendas del bosque.

—Sí, Precisamente he venido a hablar con tu padre para eso.

—¿Has olvidado que falta bastante tiempo para que la deuda expire?

—¡Hum! Yo nunca olvido nada. Pero he reunido informes, preciosa, y sé con toda seguridad que tu padre no podrá pagar la deuda ni los intereses en el plazo convenido. Todo esto está hipotecado, y las deudas son tantas que nunca podréis libraros de ellas. En cambio, si formamos… ¡ejem!, una especie de sociedad familiar para explotar esto, es posible que las cosas cambien. Se cariñosa conmigo y lo cambiarás todo. Un beso tuyo puede hacer surgir una cosecha.

El hombre estaba más atrevido, más insinuante que la última vez. Había ganado confianza al ver que de ningún modo podrían pagarle. Y Marian sintió como una sorda e impotente rebelión.

—Estás equivocado, Josiah —advirtió, tratando de conservar la calma—. Esperamos importantes acontecimientos para dentro de muy pocas semanas. Queda seguro que podremos pagarte.

—¿Y si no pudierais hacerlo?

—Si no pudiéramos hacerlo… —sonrió tristemente Marian— yo cumpliría mi promesa.

Otra vez los ojos de Josiah calibraron con avaricia la perfección de su figura.

—No podréis pagar esa deuda, preciosa —dijo mostrando los dientes—. Ya me encargaré yo de tomar mis medidas antes de que esa fecha expire, porque la verdad es que no me fío de vosotros. Tú me pareciste una palomita ingenua aquella noche, pero no lo eres. Hablaré con el *sheriff* para que no os deje marchar de la comarca, si intentaseis huir. Las leyes me amparan en eso.

—Haz todo aquello que las leyes te permitan hacer, Josiah —replicó.

Iba a excitar de nuevo su caballo, pero él la sujetó.

—¡No te vayas, Marian! ¡Sabes que me gustas! ¡Sabes que quiero casarme contigo!

—Te han gustado otras mujeres antes que yo. Tienes mala fama. Y con ninguna has obrado rectamente. Ahora quieres casarte conmigo porque ya estás cansado de jugar al gato y al ratón. Ahora quieres tener el ratón prisionero para toda la vida.

El hizo más intensa y molesta la presión de sus manos, mientras elevaba el rostro hacia la mujer.

—Sí —asintió con descaro—. Ya estoy harto de jugar. Ahora necesito una esposa que me quiera.

—Cómprala en la próxima feria de ganado —barbotó Marian—. Puede que encuentres alguna.

—¡Nunca he conocido a una mujer como tú, Marian! —aulló Josiah, con los ojos fuera de las órbitas, mientras trataba de derribarla del caballo—. ¡No quiero que te alejes de mí! ¡Eres una mujer distinta a todas, eres una digna esposa para Josiah!

Ella tuvo que cruzarle la cara con la fusta. El hombre cayó a tierra, llevándose la mano derecha a dos trazos sangrientos que habían aparecido en su mejilla.

—¡Me las pagarás! —rugió—. ¡Me las pagarás! ¡Haré que tú y tu padre lamentéis cien veces esto!

* * *

Cuando Marian Lender se presentó ante el viejo Richard, éste tenía aspecto de acabar de salir de un verdadero ataque de rabia.

—¡Ha estado aquí Josiah! —bramó—. ¡Ha estado aquí ese infame! Realmente, yo no sabía…

—¿Qué es lo que no sabías?

—Que le habías prometido casarte con él si no lográbamos pagar la deuda.

—Sí, se lo prometí. ¿Por qué crees que logré convencer a un perro hambriento como él?

—¡Pero; Marian…!

—Confío en que esa deuda podrá pagarse, padre.

El viejo Lender se introdujo las manos en los bolsillos de su

pantalón lejano y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Podríamos pagarla si el rancho produjese como antes —dijo—. Pero sabes bien que desgraciadamente eso es muy difícil. Podríamos haber conseguido un aplazamiento si tú no hubieses prometido lo que prometistes. Pero ahora ese lobo no querrá esperar. Contará los días uno a uno, ardiendo en deseos de abalanzarse sobre su presa.

Marian estaba tan consternada por todo lo sucedido últimamente, que ya no quería pensar en aquel peligro. De todos modos, lo que tuviese que suceder sucedería. Y antes de que Josiah viniera a pedirle el cumplimiento de su promesa tenían que suceder tantas cosas…

Salió a la veranda y miró tristemente el horizonte, sobre el infinito mar de hierba. Se sentía prisionera de todo aquello, prisionera de aquel mundo. Aunque galopase durante días enteros, aunque pretendiera salir de allí, no podría escapar a su obsesión. Porque sabía que todo aquello iba a terminar fatalmente en un baño de sangre.

Ningún ruido venía de la llanura. Nada. Incluso parecía haberse detenido el viento.

Por eso se sorprendió más cuando una voz que parecía surgir del vacío, preguntó a su espalda:

—¿Te sientes poética, muchacha? ¿Quieres que te ayude a reflexionar y compondremos juntos algunos versos?

La muchacha se volvió, sorprendida, ahogando un grito.

Un hombre había llegado hasta allí, arrastrándose entre la hierba, y ahora le dedicaba desde un lado del porche una sonrisa cuadrada.

Aquel hombre era Larrigan.

CAPÍTULO IX

LA GARRA DE FUEGO

A Josiah nunca le había golpeado una mujer en plena cara.

Josiah nunca perdonaría una ofensa así. Tenía dinero, tenía influencias, tenía poder. Tenía sobre todo orgullo. Y contaba con medios suficientes para hacer de Marian lo que le viniera en gana.

Desde Rancho Lender se dirigió rectamente a un saloon donde sabía que se reunían todos los aventureros sin trabajo y sin fortuna que había en la comarca. Sabía que con sus solas fuerzas nunca conseguiría nada, y por eso iba a reclutar hombres. El dinero para pagarles le sobraba. Toda una vida de privaciones y de avaricia le había hecho poseer una de las mejores fortunas de Kansas. La gastaría toda si con ello había de humillar y tener a su merced a aquella condenada Marian.

Conocía a algunos de aquellos pistoleros, que si bien no eran los mejores del estado, servían fielmente a quien les pagase bien. Josiah se sentó con tres de ellos bajo un rincón y les expuso sin rodeos que tenía un trabajo y que ese trabajo consistía ni más ni menos que en raptar a la heredera del Rancho Lender.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó una voz demasiado alta—. ¿Sabe que los Lender todavía tienen alguna influencia?

—¡Chist! No ha de enterarse todo el mundo. Los Lender tuvieron un buen momento, pero ahora no son nadie. Su rancho es una pura ruina. No será difícil apoderarse de la muchacha.

—Podremos dar el golpe cuando ella pasee por las afueras del rancho —propuso otro—. Hace eso con cierta frecuencia. ¿Pero está seguro de que luego no vamos a tener detrás a dos docenas de

revólveres?

—Os he dicho que Lender ya no tiene ninguna influencia —repitió Josiah—. El *sheriff* ni siquiera se preocupará por eso. Tiene cosas más importantes en qué pensar.

—¿Y el mismo Lender? ¿Cree que va a quedarse tan tranquilo después de que raptemos a su hija?

A Lender se le puede eliminar limpiamente —indicó Josiah—. No sería más que un estorbo, pero ¿para qué dejarlo en nuestro camino?

—¿Puede saberse si piensa tener mucho tiempo a la chica? —preguntó otro.

—Mucho tiempo. Voy a casarme con ella. Voy a tener sobre Marian todos los derechos que da la ley y todos los derechos que da la fuerza. Y al principio no creo que le resulte muy agradable.

Pero Josiah era, sobre todo, orgulloso cuando hablaba con seres de inferior condición. Y en este momento no pudo resistir la tentación de pavonearse un poco.

—Desde luego, no todo van a ser desventajas para ella. Soy un hombre de posición, que tiene dinero, influencias, y, sobre todo, muchísima experiencia en las cosas del Oeste. No hay duda de que cualquier cosa que Marian quiera conseguir, podrá tenerla a mi lado si se porta bien. Pero si se obstina en portarse mal, tanto peor para ella.

En aquel momento, los ojos grises, metálicos y fríos de un hombre que se hallaba escuchando, parcialmente oculto por una columna del *saloon*, brillaron peligrosamente.

No habían brillado cuando Josiah habló de raptar a Marian y de asesinar a su padre, el viejo ranchero Lender. Pero empezaron a moverse inquietos cuando Josiah dijo que pensaba casarse con la muchacha, y dos bengalas parecieron encenderse en ellos al asegurar el usurero que con su dinero y su influencia Marian podría conseguir lo que quisiera, si se portaba bien.

Josiah tuvo suerte al no ver la mirada de aquellos ojos.

Luego, el cuarteto se puso de acuerdo en el precio. A pesar de que pretendían hablar en voz baja, el hombre semioculto tras la columna oía perfectamente todas sus palabras. Y mientras las oía iba pensándolas y elaborando poco a poco un plan.

Cuando Josiah salió del local, aquel plan ya estaba concluido. Y

los ojos grises volvieron a brillar como si dos bengalas se hubiesen encendido de repente en ellos.

El *sheriff* entró en el saloon, seguido de varios hombres, y casi tropezó con Josiah.

Éste se quitó el sombrero.

—¿Cómo van sus cosas, *sheriff*? ¿Mucho trabajo en su condado, eh?

—Sí, más del que yo quisiera. Supongo que usted ya sabe que Larrigan logró fugarse cuando estaba al pie de la horca.

—¡Claro que lo sé, *sheriff*! ¡Yo estaba allí! No iba a perderme una ejecución. ¡Palabra que nunca me he perdido una!

—Entonces ya está enterado. Esto se ha convertido en un infierno. Pero afortunadamente, junto a esos bandidos hay también hombres honrados a carta cabal, Josiah. Como usted.

El hombre larguilucho y encorvado, se frotó las manos de placer.

—Ya sabe que yo siempre soy respetuoso con las leyes, *sheriff*. Yo voy a mis préstamos de dinero y nada más. Mis negocios son limpios. Ni un roce con la ley. Usted lo sabe.

—Muy bien, Josiah, así debe ser.

Josiah hizo una leve seña a los pistoleros que habían quedado en torno a la mesa y luego salió definitivamente del local. El *sheriff* se acodó en la barra y pidió un doble de *whisky*, el dueño mismo le sirvió. Consideraba al *sheriff* como un hombre idiota, pero honrado. Ser honrado ya valía mucho en Kansas.

—¿Sabe usted algo de Larry Custer? —preguntó al representante de la Ley—. Todo el mundo habla de él aquí. Se va a convertir en un ídolo popular y eso es peligroso. Dicen que fue él quien ayudó a escapar a Larrigan, y que acertó una cuerda en seis disparos a quinientas yardas de distancia.

—Sí, es cierto —admitió el *sheriff*, mordiéndose los labios—. Todo eso hizo Custer. Pero caerá, como todos acaban cayendo.

—¿Tiene usted idea de dónde está en estos momentos, *sheriff*?

El *sheriff* se bebió su doble de *whisky* y estuvo a tiempo de escupirlo todo, porque le sabía amargo.

—No lo sé. ¡No hay nadie que lo sepa en Kansas! —rugió—. Pero terminará cayendo porque todos mis hombres están recorriendo palmo a palmo la llanura. Tiene que llegar un momento en que tropiece con ellos, y entonces…

—La casa paga otro doble de *whisky* —ofreció el dueño, mientras le servía y se servía otro a sí mismo—. Y brindo porque Dios dé muchos años de vida a sus hombres, *sheriff*.

* * *

Larry Custer, que galopaba por la pradera sin ocultarse demasiado, como si esperara que lo encontrasen, sabía que de un momento a otro podía tropezarse. Primero, con el fugitivo Larrigan. Segundo, con los hombres del *sheriff*. Tercero, con los que habrían enviado para matarle desde el rancho de Sam Rodes, y cuarto con los que habrían enviado para aniquilarle desde el rancho de Nathaniel Fox.

A pesar de tan poco alagüeñas perspectivas, Larry no parecía preocupado en absoluto, y más bien daba la sensación de que buscaba tener un tropiezo de esa clase.

Y lo tuvo, pero no exactamente de la clase que él esperaba. Cuando oyó aquellas voces a su espalda y supo que le estaban amenazando, tuvo la sensación de que una garra de fuego, una garra que lo abarcaba todo, se había abatido sobre la comarca.

Todo comenzó cuando escuchó un ruido a su espalda. Quiso volverse rápidamente y echar mano de sus armas, pero no lo hizo por tener la convicción de que cuando un emboscado hace ruido es porque ya le está encañonando a uno. Pensó incluso en arrojarse del caballo sobre los altos tallos de hierba, pero una voz le disuadió:

—Te estamos encañonando, Custer. Si tratas de arrojarte sobre la hierba, estarás ya muerto cuando llegues a ella.

Custer renunció a su propósito y se enderezó otra vez sobre la silla, con todos los músculos en tensión.

—Vuélvete.

Larry lo hizo. Cuatro hombres le encañonaban, y los cuatro con «Winchester» del último modelo. Si intentaba un solo movimiento podía considerarse muerto. Los cuatro hombres estaban apenas a diez pasos de distancia.

—Deja caer el riñe al suelo —mandó uno de ellos—. Y luego te despojas de los cintos. Por fin, vas a bajar del caballo. Pero sin intentar ninguna tontería, ¿eh? No te conviene.

—De acuerdo, Steve.

—¡Hum! ¡Tienes una excelente memoria!

Los cuatro individuos sonrieron secamente. Los cuatro eran el último resto de la banda de la que Larry Custer formó parte hasta el desdichado asalto al Banco Hartman. Los conocía por sus nombres y hubiera podido dar sobre cada uno muchos más datos de los que ellos mismos suponían. Pero lo primero que recordó era que tiraban diabólicamente bien y que a dos de ellos, por lo menos, le gustaba oprimir el gatillo, aunque no hubiera motivo. No le convenía intentar nada por el momento.

Se apeó y se acercó a los cuatro hombres con los brazos ligeramente en alto.

—¿A dónde queréis llevarme?

—Pronto lo verás. ¡Vamos, andando! Toma la dirección de la izquierda.

Larry obedeció también. Mientras caminaba, sintiendo tras él las recias pisadas de los cuatro sujetos, trataba de ordenar sus dispersos pensamientos. Había esperado que apareciese Larrigan, o bien los agentes del *sheriff*, los *cow-boys* de Rodes o los de Fox. Pero de ningún modo había esperado a estos cuatro tipos. Todo esto trastornaba sus ideas. Y le hacía ver que no eran Rodes y Fox los que conducían todo aquello, sino alguien más poderoso. Alguien que poseía como una garra de fuego capaz de dominar todo Kansas.

Anduvieron durante largo rato a través de la pradera, sobre la que empezaban a caer las primeras sombras del crepúsculo.

Sus aprehensores procuraban hacerle seguir por las pequeñas vaguadas y por las zonas profundas que se ofrecían a su paso, a fin de no hacerse visibles desde otros lugares de la llanura.

La dirección que seguían era la de los Cañones del Hombre Amarillo, pero se desviaron antes de llegar a éstos. Y tomaron la ruta de una casucha destartalada que en los últimos días los hombres del *sheriff* debían haber registrado al menos Siete veces.

—¿En esa casucha vais a encerrarme? —preguntó—. ¿No sabéis que no tardarán ni un día en registrarla de nuevo?

—Mañana puede ser demasiado tarde —dijo enigmáticamente el que se llamaba Steve.

Le hicieron entrar. No había allí más que polvo, suciedad y desorden, aparte de algunos muebles viejos que parecían no haber

sido tocados desde cien años atrás. El suelo era de piedras dispuestas con más o menos regularidad, y todas igualmente sucias. Larry no pudo ocultar un gesto de sorpresa al ver que Steve se dirigió a una de ellas, y haciendo palanca con uno de los grandes atizadores de la chimenea, la levantara poco a poco. Bajo aquella piedra había un hueco negro, de anchura más que suficiente para que por él pasara un hombre. Tres rifles le empujaron a un tiempo.

—Bajarás por ahí. Pero no te apresures. Antes vamos a atarte y a amordazarte. No conviene que hagas ruido.

Fue el mismo Steve quien se acercó a él. Y de repente, Larry sintió como si mil lucecitas bailasen en su cráneo. Los otros tres le estaban golpeando salvajemente con sus culatas. Gritó un insulto, trató de revolverse, pero no sirvió de nadas. Segundos más tarde había perdido el conocimiento, y sólo las lucecitas seguían bailando en su cráneo.

CAPÍTULO X

LOS CAMINOS DE LA MUERTE

Cuando Larry recobró el conocimiento, se halló tendido de bruces sobre un suelo de piedra. En su cabeza había sangre coagulada, producida por las heridas de los golpes y por la que él debió ocasionarse al caer. Todo el cuerpo le dolía, y tenía en el cráneo una sensación de embotamiento.

Estaba en un lugar que no debía ser muy grande, y que olía a húmedo y a sucio.

De repente, oyó un ruido sobre su cabeza y se dio cuenta de que estaban retirando la piedra que cubría la trampa. Volvió el rostro hacia allí.

Un rayo de luz penetró en el lugar donde él estaba. Era una especie de pozo cuadrado. Sólo el piso era de piedra. Las paredes de tierra empezaban a desmoronarse a causa de la humedad.

Larry, palpando sus ropas nerviosamente, hizo un rápido examen de lo que quedaba en sus bolsillos. Afortunadamente, no le habían registrado. Aquellos tipos se habían preocupado tan sólo de dejarle sin armas. Y aunque de haberle registrado el resultado hubiese sido el mismo, se sintió más tranquilo al notar que todavía conservaba sus documentos.

¿Serían los hombres del *sheriff* los que por fin habrían descubierto su escondite?

No, no lo eran. Larry vio por el hueco, sobre su cabeza, la cara cuadrada y los ojos saltones de Steve.

—¡Vamos, sube!

—¿Y cómo diablos voy a subir?

—Ahí tienes esta cuerda.

Una soga fina, limpia como hecha expresamente para ahorcar, se deslizó por el hueco. Debía estar sujeta a alguna viga del techo, porque se mantenía solida y firme. Larry empezó a trepar por ella, porque de nada le hubiera servido oponerse. Además, arriba sonaban voces y eso había despertado su curiosidad.

Sobre todo, porque una de las voces que escuchaba, gritando y gimiendo, era la de una mujer.

Larry Custer necesitó llegar al piso superior para darse cuenta de que aquellos gritos y aquellos gemidos no eran de dolor y pena, sino todo lo contrario: de excitación y de gozo. Porque la mujer que los lanzaba mirando a un grupo de hombres, era Sandra.

Larry miró a aquel grupo de hombres, que estaban atados por las muñecas y miraban con desprecio a su alrededor. No los conocía pero Steve se encargó de presentárselos.

—Este tipo alto y desgarbado que ves ahí se llama Josiah. Un fiel enamorado de Marian. ¿Te sorprende? Y esos otros tres son pistoleros a sueldo, pero de los baratos, que él había contratado para raptarla.

Larry miró con más atención a su alrededor. Junto a Steve estaban los otros tres hombres armados que le condujeron hasta aquel lugar.

—¿Desde cuándo os dedicáis vosotros a defender a las muchachas que corren peligro? —preguntó Larry, despectivamente.

—¡Oh, no es por eso! —rió Steve—. Josiah no sólo quería raptar a Marian, sino casarse con ella. Y eso no era conveniente para el patrón, porque Josiah es un hombre influyente, y Marian, al casarse con él, y por consiguiente también el padre de Marian, podían haber gozado el día de mañana de esa misma influencia.

—¿El patrón? ¿Quién es vuestro patrón?

—Te gustaría saberlo, ¿eh? Ya lo verás en el momento oportuno. Pero ni un minuto antes de la hora señalada.

Larry Custer reflexionaba con más velocidad que en ningún otro momento de su vida. Resultaba evidente que alguien quería aplastar a Richard Lender, para siempre, incluso impidiendo que un día futuro el viejo pudiese estorbar sus planes gracias al matrimonio de su hija con un hombre influyente. Eso significaba que los planes eran de gran alcance. ¿Proyectos políticos, tal vez? Eso era lo que

no sabía.

—Naturalmente que este tipo, Josiah, quería matar también al padre de Marian —añadió el mismo Steve—, pero el patrón no estaba muy seguro de que hubiese terminado haciéndolo, porque Josiah es, sobre todo, un cobarde. Debido a esto, ha querido eliminar obstáculos.

—¿Eliminar obstáculos? ¿Cómo?

—Ahora lo verás.

La cuerda por la que Larry había trepado estaba sujeta a un saliente de la chimenea, y pasaba por encima de una viga. Steve hizo un lazo en el extremo libre de ésta.

—¿Pero vais a ser tan canallas que…? —rugió Larry.

—El patrón quiere entrenarse —murmuró Steve—. Porque llegará un día en que en esta tierra se ahorcará legalmente en su nombre.

Josiah estaba tan atemorizado que no podía hablar. El fue elegido para la primera víctima.

Dos de los pistoleros le sujetaron por los brazos, sin desatarle, y le ciñeron la soga al cuello. Apenas diez segundos después, Josiah había dejado de existir y su cuello colgaba en la sucia cabaña como trágico adorno.

Larry miró a Sandra. A Sandra le gustaba aquello. Tenía los ojos brillantes, la boca entreabierta y un rictus satánico en toda su cara. Larry no pudo contenerse e hizo algo que no había hecho nunca: le escupió salvajemente en pleno rostro.

—¡No eres más que una arpía! —rugió—. ¡Ya te habías hecho famosa por tu crueldad con los animales y ahora deseas también contemplar el dolor de los hombres! Tus cacerías salvajes, tus palizas a los caballos, te han rodeado de una leyenda maldita. Sólo necesitaba verte disfrutar así para odiarte como se odia a las fieras. ¡Pero algún día pagarás todo esto, Sandra!

—¡De momento lo vas a pagar tú!

Uno de los pistoleros propinó un salvaje culatazo a la cara de Larry y el joven cayó a tierra con las facciones bañadas en sangre.

—Más respeto para Sandra —masculló el pistolero, mirándole con desprecio—. ¡Será la esposa del patrón, cuando él tenga en su poder las riendas de todo el estado!

¡Las riendas de todo el estado! ¿Qué diabólica combinación era

aquélla?

Larry se puso en pie. Uno de los pistoleros atrapados pataleaba ahora. Josiah había sido soltado, y el mismo lazo iba a servir para otra muerte.

—¡Canallas! ¡Miserables! —aulló Larry.

Sólo consiguió un nuevo culatazo. Sandra reía diabólicamente. Y siguió riendo hasta que fueron ahorcados los otros tres hombres.

De repente, se hizo un silencio en la pieza. Larry respiró fuerte. Le tocaba a él.

Vio que Sandra se aproximaba, mimosa como una gata.

—¿No dejas que me despida de ti, cariño? ¿No me das un beso?

El puntapié de Larry la hizo volar en seco hasta el otro lado de la pieza.

—¡Matadle! —rugió Sandra, babeante de furor—. ¡Matadle poco a poco!

Fue Steve quien se aproximó con la soga. Larry le veía venir sin pestañear, dispuesto a defenderse. Pero en aquel momento se oyó ruido de varios caballos en el exterior. Voces roncas gritaron órdenes. Sandra, que estaba cerca de la puerta y podía ver lo que ocurría fuera, hizo un gesto de alegría.

—¡Espléndido! ¡La ahorcaremos también a ella!

Larry se estremeció, adivinando algo tan siniestro que no quería pensar en ello. Y en aquel momento, recias pisadas se aproximaron a la entrada de la cabaña.

Primero entraron Nathaniel Fox y Sam Rodes. Luego, cuatro hombres armados, que debían pertenecer a los equipos de sus ranchos. Por fin, con las manos atadas a la espalda, aparecieron Larrigan, el fugitivo, Richard Lender y su hija Marian.

Todos presentaban huellas de haber pasado por una feroz lucha antes de llegar allí. No había miedo en sus rostros, sino una expresión de insolente desafío. Sólo Larrigan tenía rostro de hombre acobardado. Pero las sorpresas no habían terminado para Larry, porque detrás apareció… Kendall.

¡Kendall, el pacifista vestido de negro, el hombre que decía querer prohibir el uso del revólver, era el patrón de aquellos pistoleros!

Larry masticó sus propias palabras. Tenía tantas cosas que decir, que las frases se atropellaban en su boca. Pero fue Kendall, con una

sonrisa malévola, quien habló por él:

—¿Te sorprende esto, verdad, Custer? ¿No te sorprendería más saber que los discursos pacifistas que pronunciaba eran una pantalla para ocultar mis planes? ¿Y que los que acudían a ellos eran gente importante cuyo voto tenía seguro para las próximas elecciones?

—No me sorprende nada de nada. Y en realidad me acuso de no haberlo imaginado antes.

—Toda la tramoya es muy sencilla —rió Kendall, sin abandonar su expresión ratonil—. Yo llegué a Kansas hace tan sólo un año, compré tierras en buena cantidad y me propuse dominar este estado. Pero para poder tener juego político aquí y para poder ocupar los altos cargos, es preciso representar elevados intereses, sobre todo si uno quiere ocupar cargos entre los partidos conservadores, que son los más seguros. Y ante todo, es preciso ser el mayor terrateniente, el más importante de ellos. Nathaniel Fox y Sam Rodes me apoyaron. Ellos arruinarían a Richard Lender y luego uno de ellos compraría su rancho. Posteriormente, los tres me venderían su rancho a mí, con el de Richard Lender. No habría en Kansas quien tuviese más tierras y más poder que yo. Naturalmente, lo de menos para estos honrados rancheros —y señaló a sus compinches— era el precio que yo les ofreciese por sus tierras. Lo que de verdad importaba era el pacto secreto que ya tenemos firmado, y por el cual ellos participarán de mis riquezas, de mi influencia y mi poderío, ¡cuando Kansas esté en mi mano!

Se sabía exaltado él mismo. Tenía la cara intensamente roja y parecía como si el placer la fuese a hacer estallar. Larry sonrió seca y despectivamente.

—Y no quieres dejar a tu espalda ningún enemigo, por pequeño que sea, ¿verdad? Por eso has hecho ahorcar a Josiah. Por eso ahorcarás a Richard Lender, a mí… y a su hija Marian.

—¡Cierto! —rugió Sandra—. ¡La ahorcará! ¡La ahorcará ante mí!

—¿Pero qué os va a vender Lender después de muerto? —rió Larry, que era por completo dueño de sus nervios, como si en aquel juego macabro no entrase para nada él.

—Lender nos va a vender su rancho ahora —dijo Nathaniel Fox —. Es el único recurso que tiene para salvar a su hija.

—Venderé lo que sea —confirmó el viejo—. Soltadla y yo firmaré lo que sea preciso. Ya ha sufrido bastante por un maldito

pedazo de tierra donde por el día vagan los caballos y donde por la noche cantan los grillos. Un pedazo de tierra que no tiene ningún valor.

—¡No firme nada, Lender! —exhortó Custer—. ¿No comprende que no pueden dejarla libre?

—¡Empezad a ahorcarlos! —gritó Sandra—. ¡Empezad!

—¿Y el *sheriff*? ¿No temen que venga el *sheriff* por aquí? —preguntó Larry.

—Lo hemos despistado. Está persiguiendo a tres de mis hombres, quienes se encargarán de darle esquinazo. Mientras, nosotros haremos nuestro trabajo. ¡Y vengaremos los cinco muertos que nos ha costado ocupar el rancho de Lender!

Larry Custer, con calma, extrajo un papel doblado del bolsillo superior de su camisa y lo desdobló lentamente ante el silencio y la expectación de todos.

—Quiero que sepa a quién ahorca, Kendall. He aquí mis credenciales de agente federal. He sido agente en California, en Nuevo México y en los más diabólicos garitos de Nevada. Y aquí, en Kansas, tenía por misión descubrir a la banda de la que formaba parte Larrigan y que estaba asolando la región. Ingresé en esa banda, me dejé atrapar en el asalto al Banco Hartman y fui condenado a muerte junto con Larrigan. Eramos los dos únicos supervivientes. Sólo el juez conocía mi identidad y el juez tenía que hacer algo a última hora. Pero mi misión era averiguar por medio de Larrigan la identidad del jefe. Por eso, en la última noche, se nos colocó juntos al fin. Confiábamos en que Larrigan me explicaría algo, en que me daría alguna pista… Pero las cosas sucedieron de una forma que nadie esperaba —dijo, mirando significativamente a Marian— y pude huir, o más bien, tuve que huir. Ahora ya no necesito saber quién es el jefe de Larrigan. ¿Por qué le va a ahorcar, Kendall? ¿No le fue lo bastante fiel?

—¡Larrigan sabe ya demasiado! —rugió Kendall—. ¡Si tú le salvaste de morir en la horca fue precisamente porque sabía demasiado! ¡Y a mí no me interesan los hombres así, los hombres que se dejan atrapar! ¡Ahorcadle a él primero! ¡Cúmplase la sentencia del juez! —gritó, con brutal sarcasmo.

—¿Por qué no nos pega un tiro? —bramó Larry—. ¿No sería más cómodo?

—¿Olvidas que a Sandra le gusta esto? ¿Y olvidas que Sandra va a ser mi esposa?

En efecto, Sandra reía, y sus ojos estaban a punto de saltársele de las órbitas. Con gusto Larry le habría escupido otra vez a la cara, pero pensó que ya no valía la pena.

Larrigan, a pesar de sus alaridos, fue ahorcado. Marian había cerrado los ojos y por sus mejillas corrían sus lágrimas.

—¡Ahora tú! —rugió Kendall—. ¡Tú!

—¡Atadle las manos! —gritó Sandra—. ¡No es la primera vez que tratan de ahorcarle! ¡Y sabe demasiados trucos!

Dos pistoleros se arrojaron sobre él, con un pedazo de cuerda. Pero fue entonces cuando los músculos de Larry sufrieron una sacudida. Cuando sus mandíbulas produjeron un chasquido y gritó:

—¡Ahora!

Se revolvió como una bestia, como un salvaje, como un loco. Todos sus músculos crujían como cables en tensión. Y hubo un alarido a su alrededor cuando le oyeron gritar:

—¡Me gusta morir! ¡Me gusta morir y voy a hacer de mi muerte una auténtica obra de arte!

Los dos pistoleros que ya estaban sobre él saltaron despedidos como por una catapulta. Resonó un disparo. Larry trazó por el aire una fantástica curva, arrojándose sobre uno de los caídos. No había transcurrido un segundo cuando ya tenía en la mano su revólver. Sus ojos brillaron al disparar igual que los de una fiera acorralada. Disparó como nunca había disparado en su vida. Como una máquina perfecta que tuviese corazón de fiera. Mientras apretaba el gatillo con la derecha, su mano izquierda volaba hacia el martillo para levantarlo. Y así disparó una, dos, tres, cuatro, cinco, seis veces.

Tenía nueve enemigos ante él. Y seis de ellos, seis pistoleros, cayeron retorciéndose antes de poder «sacar». Cada uno con una mancha a la altura del corazón. Cayeron casi al mismo tiempo, con análogos alaridos, con análogo estertor. Como muertos en serie.

Larry Custer, que estaba semiarrodillado, cambió de posición con la rapidez de un gamo. Kendall, frenéticamente, intentó «sacar». Sam Rodes, Nathaniel Fox y él, aparte de Sandra, eran los únicos que no habían probado aún el sabor caliente del plomo.

Rodes disparó, pera sin resultado. Larry se movía con demasiado

rapidez. Y el revólver de otro de los caídos le sirvió para matar mientras se parapetaba tras los cadáveres. Rodes recibió una bala en el centro de la frente antes de que disparara otra vez. A Nathaniel Fox, otra bala le arrancó la mandíbula y llegó hasta el fondo de su cráneo. Kendall, que trataba de protegerse detrás de Marian, fue alcanzado antes de que pudiera conseguirlo. Una bala le penetró en el abdomen. Otra en el corazón. Otra en la cabeza.

Larry Custer aún tenía una bala. Y en aquel momento vio cómo Sandra, enloquecida de terror, se lanzaba hacia la puerta.

—¡Sandra, huye! ¡Cuidado! —gritó Lender.

Larry tenía el revólver levantando, pero no disparó.

—Es una mujer —dijo en voz baja, mientras respiraba el olor acre de la pólvora—. Déjala. Ya tendrá su merecido.

Ocurrió de una forma sencilla y terrible a la vez.

Sandra perdió el equilibrio, a causa del terrible galope, y saltó por un costado del animal. Pero no saltó limpiamente, sino que quedó sujeta por el estribo. Lanzó un alarido al ser arrastrada por el caballo.

Larry Custer salió corriendo tras ella, pero ya era tarde.

La mujer golpeaba las piedras con su cabeza, pero lo terrible no era eso. Lo terrible era que esa cabeza se aproximaba en línea recta hacia dos piedras entre las que había un nido de escorpiones. Uno de éstos, gigantesco, irritado, la esperaba ya con el aguijón a punto.

Sandra lanzó un alarido infrahumano al ver cómo iba aproximándose a la alimaña.

Y entonces el caballo se detuvo.

El escorpión clavó varias veces en aquel rostro su aguijón envenenado. El grito de agonía de Sandra llenó la pradera. Y luego nada, nada, nada…

Silencio. El espantoso silencio de los muertos.

El caballo echó a andar otra vez, pero ahora con un cadáver colgando del estribo.

Larry Custer, que estaba como petrificado, mirando aquello, sintió que Marian, atada aún, se apretaba contra sus brazos.

—Vayamos a la ciudad —indicó él—. He de hablar con el juez y luego con el *sheriff*. Después he de traerlos aquí. No podemos perder un minuto… ¡Ah! Y hemos de casarnos.

Volvieron hacia la casucha. Richard Lender empezó a gruñir:

—¡Desátame, diablo! Quiero ver lo que ocurrirá cuando el *sheriff* atrape a los pistoleros que iban a darle esquinazo. ¡Desátame, maldita sea!

—¡Cállese! —le dijo Larry, guiñando un ojo a la muchacha—. ¡Más prisa tiene Marian y se calla!

—No tengo prisa, no —susurró ella—. No lo creas. ¿Para qué necesita tener las manos libres una mujer que sólo quiere que le den un beso?

Larry Custer no la hizo esperar.

—¿Sabes que siempre voy a tenerte con las manos atadas, muchacha?

—¿Y sabes qué voy a hacer yo, Larry?

—¿Qué?

—Dedicarme a quitarle el gusto de morir.

El rió otra vez, y sus labios se unieron en un nuevo beso, mientras Richard Lender, impaciente ya, empezaba a maldecir a todos los demonios.

Pero tampoco le sirvió de nada. Tuvo que esperar.

FIN